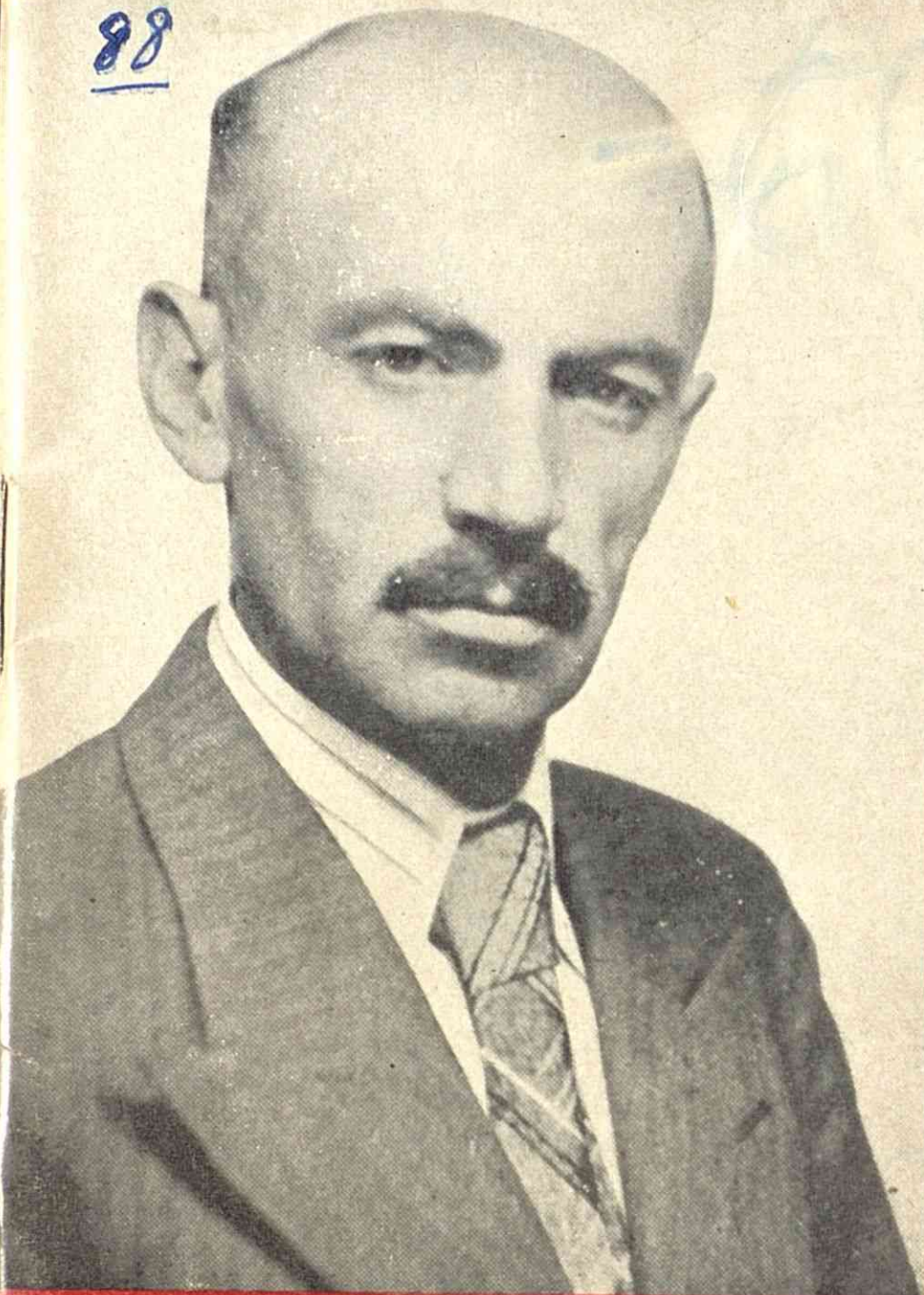


88



60

céntimos

TRADUCCIÓN DE
LUCIENNE Y
ARTURO PERUCHO

HANS BEIMLER

EN EL CAMPO DE ASESINOS DE DACHAU

(Cuatro semanas en poder de los bandidos pardos)

© Archivos Estatales, mecd.es

ARCHIVOS

A E

ARCHIVOS
ESTATALES



HANS BEIMLER

•

EN EL CAMPO DE ASESINOS DE DACHAU

(Cuatro semanas en poder de los bandidos pardos)

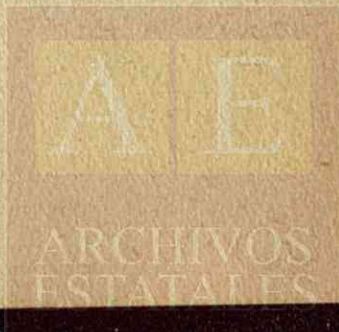
TRADUCCIÓN DE
LUCIENNE y ARTURO PERUCHO

2.^a EDICIÓN



Ediciones Europa - América

Apartado 890 - Barcelona



NAGSA, Empresa Col·lectivitzad Casanova, 212-214. Barcelona

HANS BEIMLER

Hans Beimler fué un hombre que todo lo dió al Partido Comunista de su país por la liberación de los explotados y que, después de una vida de lucha intensa y de azares tan duros como los que describe en estas páginas, murió heroicamente en Madrid, haciendo la guerra al fascismo internacional.

Beimler nació el 2 de julio de 1895 y pasó su infancia y su primera juventud en Waldthurn (Oberpfalz), cerca de la frontera checoslovaca. No conoció a sus padres. Creció al lado de su abuela, una vieja cerrada y de mal genio, de quien él, sin embargo, conservó siempre un recuerdo enternecido.

Un tío suyo le enseñó el oficio de cerrajero, en el cual no tardó en ser un obrero calificado.

Su primera juventud la pasó correteando por el campo. Amigos suyos aseguran que estos afanes de caminante lo llevaron luego a recorrer a pie una gran parte de Alemania.

Al estallar la Gran Guerra sirvió como voluntario en la marina del Báltico. Fué durante el servicio militar cuando tuvo por primera vez contacto con elementos revolucionarios, y sus vagas aspiraciones de justicia social fueron concretándose en una línea marxista de lucha.

Por esto, al terminar la guerra, fué uno de los primeros que se incorporaron a la Unión de los Espartaquistas, fundada por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, y pasó más tarde a militar en el Partido Comunista de Alemania, continuación de «Spartacus».

Tomó parte activa en el Gobierno soviético de Baviera del Sur, y luchó ardientemente contra la reacción y la traición de los jefes socialdemócratas contrarrevolucionarios. Cuando Noske envió a Baviera al sanguinario Epp y consiguió hundir al Gobierno so-

viético, Beimler logró salvarse y seguir luchando en la clandestinidad; pero finalmente fué detenido y hubo de pasar dos años en la prisión de Niederschönfeld, en compañía de otros dos camaradas que han sido asesinados después en un campo de concentración por los verdugos de Hitler.

Al salir de la cárcel se incorporó de nuevo al movimiento comunista alemán, fué funcionario de los sindicatos y el Partido le nombró Secretario para la Baviera del Sur. Su enorme actividad y su gran talento, hicieron que su nombre fuese conocidísimo y muy querido por todos los obreros del país.

En las elecciones de 1932 fué elegido diputado al Reichstag, mandato que cumplió con toda probidad. En las elecciones siguientes—celebradas ya bajo el terror hitleriano, pocos días después del incendio del Reichstag por los provocadores nazis—fué elegido de nuevo, pero aquel Parlamento ya no funcionó.

El día 11 de abril de 1933 lo detuvieron en la calle unos agentes nazis y lo llevaron a una comisaría, donde le maltrataron bárbaramente. Trasladado luego al campo de concentración de Dachau, hubo de sufrir todos los horrores que él mismo describe, con un estilo claro e incisivo, en este librito de un valor documental y político incalculable.

Entre tanto, su compañera y sus hijos habían sido también detenidos y reclusos, «para tener más seguro a Beimler».

Después de su fuga del campo de concentración, vivió ilegalmente durante dos meses, en Munich y en Berlín. En julio de 1933 pudo cruzar la frontera y se fué a Praga, donde pasó un mes. En agosto se fué a la U.R.S.S., y estuvo algún tiempo en un sanatorio del Mar Negro, cordialmente atendido, para reponer su quebrantada salud. En enero de 1934 se trasladó a París, y desde entonces no dejó de trabajar en el extranjero por la liberación del pueblo alemán. En abril estuvo algunos días en Madrid. En Praga sufrió, poco más tarde, una grave operación. En diciembre de aquel año tuvo la inmensa alegría de saber que sus dos hijos habían logrado escapar; se reunió con ellos y los llevó a la U.R.S.S., donde actualmente residen. Inmediatamente volvió a la Europa occidental y trabajó con la misma intensidad de siempre en varios países por hundir el fascismo nazi.

Hallándose en París le sorprendieron las primeras noticias de lo que ocurría en España, y vino a nuestro país. Llegó a Barce-

lona el día 5 de agosto, enviado por el Partido Comunista alemán y en representación del Frente Popular de Alemania, que por entonces se estaba constituyendo.

Hizo algunos viajes al frente de Aragón, alternándolos con su trabajo político en Barcelona, y a primeros de noviembre se trasladó a Madrid acompañando a los camaradas alemanes que iban a defender la capital de la República. El día 1 de diciembre, cuando se hallaba en un lugar de máximo peligro, una bala fascista lo alcanzó en mitad del corazón y lo mató instantáneamente.

El imponente homenaje póstumo que el pueblo español le rindió y la grandiosa manifestación que fué su entierro en Barcelona, demuestran cómo su vida heroica había sido comprendida y estimada aquí.

Hans Beimler quedará en nuestro recuerdo y en los anales de nuestra guerra de independencia nacional como el símbolo más legítimo de la solidaridad proletaria y antifascista, de esa solidaridad prodigiosa que levanta en España trincheras en las que se defiende la libertad de todos los pueblos y que está realizando con un heroísmo sin precedentes la consigna en que tienen puesta su fe los oprimidos del mundo entero: MADRID SERA LA TUMBA DEL FASCISMO.

ARTURO PERUCHO

Barcelona, marzo 1937.

PREFACIO

«¡ Vosotros, los que entráis, dejad aquí toda esperanza! »—inscribió el gran poeta medieval italiano Dante, en su *Divina Comedia*, encima de la puerta de entrada al infierno.

Estas palabras de Dante podrían ser grabadas a la entrada del campo de concentración de Dachau, en Baviera.

Todo hombre digno de este nombre, al leer el relato conmovedor que nos hace el diputado comunista al Reichstag, Beimler, de las horas de angustias que pasó en el campo de concentración de Dachau, no podrá librarse de sentir un profundo sentimiento de horror. Sólo podrían quedar insensibles los partidarios vergonzantes del régimen sangriento de Hitler.

Pero entre Dachau y la *Divina Comedia* hay la diferencia de que esta última es un *poema medieval*, mientras que Dachau es la *realidad horrible del año 1933*, en pleno siglo XX.

Hasta ahora, se ha *podido comprobar* que cincuenta personas han sido aniquiladas en Dachau por los brutos del fascismo, para satisfacción de sus viles instintos. Sus cabezas destrozadas, sus cuerpos lacerados claman venganza. *Su muerte debe sublevar a las masas laboriosas* para que acaben con estos verdugos que han sido puestos en el trono por el capitalismo alemán en descomposición, para permitirle subsistir todavía.

El gobierno nacionalsocialista que la burguesía llamó en su socorro y que el Hindenburg de la S. P. D. puso en el poder, dictó toda una serie de decretos «legales»: Cómo hay que tratar a los que se hacen culpables «de propaganda de los horrores». Hay jueces en Alemania, «jueces independientes», que, basándose en estos decretos, arrojan millares y millares de alemanes a las cárceles. Han hecho una ley según la cual todo alemán que en el extranjero difame al «III Reich» o a su Gobierno pierde su nacionalidad. Según las declaraciones de Hitler, se han reunido en América cinco millones de dólares entre los súbditos alemanes

para «luchar contra las mentiras» divulgadas con malevolencia sobre la Alemania nacionalsocialista. En la prensa fascista se comentan ampliamente las declaraciones de lord Rothermere y otros amigos de la nueva Alemania, con el fin de demostrar al mundo entero que el fascismo hitleriano salvó del bolchevismo la cultura y la civilización. Desde lo alto de sus cátedras, centenares de millares de clérigos de todas las confesiones lanzan en Alemania gritos salvajes contra el Estado soviético y vierten lágrimas amargas sobre «los hermanos en peligro» en el país de los Soviets. La gentuza fascista, compuesta de literatos sobornados, escribe todo lo que se le antoja y difunde sus sucias elucubraciones en toda la prensa burguesa. Pero estos señores encuentran perfectamente normales todas las canalladas y todos los placeres sádicos de las bandas hitlerianas.

Es por esto por lo que no nos extrañaremos si estos «defensores de la cultura cristiana» enmudecen en lo que se refiere a las revelaciones de Beimler. Pero *el proletario bávaro Beimler no escribió para los abogados y los admiradores de las bandas asesinas fascistas* que reinan en Alemania y hacen asesinar en los barrios obreros y en los campos de prisioneros a los obreros revolucionarios. Esperar «compasión» de estos aduladores y de los «héroes» de la virtud cristiana del III Reich, de los asesinos de Hitler, equivaldría a esperar del lobo hambriento compasión para la oveja.

Beimler tampoco escribió para hacerse interesante ni por interés pecuniario, como lo hacen, por ejemplo, los miserables que divulgan por el mundo sus mentiras insolentes sobre los horrores de la G. P. U. o sobre la mala situación del Estado soviético. Beimler no es «un prisionero de guerra» como Hummel, a quien la burguesía pasea durante semanas como a sus héroes, a través de sus periódicos y sus revistas, con la finalidad de saciar con las mentiras de estos impostores la sed de sensación de su público. Por contra, los hechos vividos por Beimler en Dachau muestran el verdadero rostro del Gobierno alemán y de sus actos; Beimler escribió lo que millares y millares de los mejores proletarios alemanes sienten en los campos de muerte de los prisioneros, en los que Hitler hace degollar al proletariado revolucionario por orden de los tiburones de las finanzas, para que los barones del Rhin y del Ruhr, los hidalgos del Elba oriental y los especuladores de la Bolsa de la Burgstrasse en Berlín tengan las manos libres para

llevar a cabo su pillaje. Beimler escribe *la tragedia de los proletarios en lucha que cayeron en manos de su enemigo mortal*.

La socialdemocracia, cobarde, lastimosa, traidora, había debilitado hasta tal extremo a la clase obrera alemana, que una pandilla de rufianes y de sinvergüenzas capitalistas pudo instaurar en el país obrero de Alemania su tiranía sangrienta.

El que, al leer las descripciones del campo asesino de Dachau, sienta miedo, no debe buscar su tranquilidad en las palabras de Poncio Pilatos: «Me lavo las manos». *La burguesía, que constantemente habla de la religión cristiana y de su misión civilizadora, es responsable de lo que hace Hitler*. El III Reich, al que aspiraba la burguesía, no es otra cosa que un absceso que se pudre en el cuerpo de la nación. En decenas de millares de iglesias, los representantes de Jesús en la tierra ruegan hipócritamente a su Dios para que se sirva proteger a Hitler y su régimen, y el Papa le da su bendición pagada por Hitler al precio del oro brillante robado de los bolsillos de los pobres. Pero esta bendición cristiana no podría lavar las abominaciones que esta banda de canallas sádicos, esta gentuza fascista, ebria de orgías sangrientas, comete contra la clase obrera alemana.

Beimler mostró cuál es el estado actual del proletariado cuando no reúne sus fuerzas para derrumbar al fascismo al precio mismo de su vida. Millares y millares de hombres se han suicidado en Alemania porque no podían soportar los horrores y las torturas fascistas. *Pero Beimler, con sus sufrimientos, grita a todos los combatientes: pase lo que pase, no busques la muerte voluntaria; defiende tu vida hasta el último aliento*.

Que acabemos voluntariamente con la vida, es justamente lo que desean los fascistas y sus amos capitalistas. Pero, pase lo que pase a los proletarios alemanes en Dachau y en los otros campos asesinos de prisioneros, sus sufrimientos y su lucha son el camino por el que los proletarios aprenden a hacerse la guardia de acero capaz, a pesar de todo el terror, de derrumbar al monstruo fascista y de instaurar el *verdadero* poder del pueblo, la dictadura del proletariado.

Así, el relato de Beimler sobre el campo de muerte de Dachau será la espada centelleante para la lucha contra el fascismo asesino y contra todo lo que le sostiene.

FRITZ HECKERT

EN EL CAMPO DE ASESINOS DE DACHAU

No es una «propaganda de horrores inventados»...

Desde el sangriento aplastamiento de la República soviética bávara, ordenado por Noske al gobernador del Reich actual, el general Epp, quien, en aquella época, era el hombre de confianza de Ebert y de Noske, la clase obrera revolucionaria y su partido, el P. C. A., incluso la J. C., así como las organizaciones de masas simpatizantes: Oposición Sindical Revolucionaria, Socorro Rojo, Unidad deportista roja, S. O. I., librepensadores y otros, fueron sometidos a una persecución y una opresión ininterrumpidas y crecientes por parte del Gobierno del Partido populista «cristiano». En el mundo entero el nombre de *Baviera* era citado más o menos del mismo modo que el de Hungría, Bulgaria, Polonia, Italia, etc., cuando se trataba de persecuciones sangrientas, de torturas y de asesinatos obreros. ¿Quién no recuerda el asesinato del inolvidable jefe de la República soviética bávara, Eugenio Levine, y la masacre de 21 miembros de la Asamblea sindical católica, y de tantos otros? Centenares de obreros bávaros hubieron de languidecer durante años en las prisiones y los calabozos. Yo mismo, desde 1919, en que participé con los comunistas y obreros bávaros en la tarea fecunda del desarrollo del Partido revolucionario y de agrupamientos de las masas obreras a su alrededor, así como en el curso de largos años de encarcelamiento, he compartido todo el sufrimiento de la clase obrera revolucionaria. En esta época, durante los años que siguieron al 1919, se trataba de tiranos a los potentados de Baviera que asfixiaban y amordazaban de una manera bárbara a la clase obrera revolucionaria y al movimiento revolucionario. Pero todo esto palidece ante las brutalidades y las torturas que sufren actualmente los proletarios encarcelados en el III Reich. No se trata de «propaganda de horrores inventados». La verdad sobre el III Reich es más poderosa que toda «propa-

ganda de horrores inventados». Hoy no hay ya nadie en el mundo, a excepción de los partidarios fanáticos de los propios incendiarios asesinos, que tenga la menor duda con respecto a las noticias y relaciones sobre *las torturas bestiales y los asesinatos en masa en los cuarteles de los S. A., en las casas de los sindicatos y en los campos de concentración.*

La verdad es mucho peor que todo lo que ya se sabe. Es preciso, pues, que cada cual contribuya a hacer plena luz sobre *toda la verdad*, para llamar a la lucha y ganar a la clase obrera del mundo entero, pero ante todo a los obreros alemanes mismos, *a la lucha por el frente antifascista, a la lucha contra los asesinatos y las torturas fascistas, contra la dictadura fascista, a la lucha por la liberación de los 60.000 prisioneros políticos que hay en Alemania, por el establecimiento del poder de la clase obrera y de todos los trabajadores explotados.*

No necesito recordar los miles de hechos conocidos por el mundo entero con respecto a la furia del ejército pardo de la burguesía alemana. Estoy en condiciones de citar centenares de otros hechos de la sangrienta guerra fascista contra los obreros y las obreras revolucionarios alemanes, y en primer lugar contra los comunistas alemanes, hechos que *he visto con mis propios ojos, oído con mis propios oídos y sentido en mi propio cuerpo.*

«¡TENEMOS A BEIMLER... NOS VOLVEREMOS A VER EN DACHAU!»

Después que los fascistas consiguieron tomar el poder en Baviera—sin resistencia por parte del Gobierno Held-Stützel-Schafer y desgraciadamente sin resistencia sensible por parte de la clase obrera—el 9 de marzo de 1933, se realizó, como es natural, una campaña inaudita de persecuciones contra el Partido comunista. Ya el 10 de marzo, el ministro actual del Interior, Wagner, director de minas disfrazado, dió por Radio, a todos los puestos de policía y a todas las gendarmerías, las instrucciones siguientes: «*Detengan inmediatamente a todos los militantes comunistas y de la*

«Bandera del Imperio» en cuanto puedan echarles la mano encima». En lo que se refiere a las ciudades bávaras tales como Munich, Nuremberg, Augsburg, etc., el éxito de estas detenciones no fué muy grande, porque «la mayor parte de los pájaros habían volado ya», es decir, con respecto a los comunistas, que estaban ya casi completamente en la ilegalidad desde el 30 de enero, día del nombramiento de Hitler para el cargo de canciller del Reich. Cuando se trató de utilizar las posibilidades que existían todavía para una preparación «legal» de las elecciones al Reichstag del 5 de marzo, esto se hizo en unión estrecha con el trabajo ilegal. La oficina del Partido no debía guardar ningún material importante y los secretarios y miembros del Comité regional no debían trabajar en ella. La necesidad de esta medida fué comprobada por decenas de registros que la policía de Stützel hizo en esta oficina, así como la clausura, el 25 de febrero, de los centros de todas las organizaciones revolucionarias y de la *Neue Zeitung*. Un secretario que no había seguido estas instrucciones fué detenido y se encuentra ahora todavía en el campo de concentración de Dachau.

Aparte de esto, la policía no consiguió, hasta mi detención, el 11 de abril, debilitar seriamente la dirección del Partido. La detención del camarada responsable de la difusión de la literatura hizo necesario el nombramiento de un nuevo camarada. De esta manera entré en relación con un militante previsto como sustituto por la dirección para darle las instrucciones necesarias. Contra mi principio y el de todos los otros miembros del Secretariado, en vez de fijar la cita por la noche, la fijé en la tarde del 11 de abril. Los dos compañeros convocados fueron puntuales, y después de una corta entrevista, uno de los dos se despidió. Al cabo de cuatro o cinco minutos, quise también dejar al compañero que estaba todavía presente. En el mismo instante se paró, de repente, un auto, y seis inspectores de Seguridad, es decir, S. S. de paisano, saltaron del coche y nos detuvieron a mí y al compañero que se había quedado conmigo. Dos policías nos registraron en el mismo sitio, mientras los otros cuatro nos rodeaban revólver en mano. Al no dar resultado el registro, pregunté de qué se trataba. Como contestación, uno de estos héroes me empujó hacia el coche, gritándome: «¡Cállate la boca!». Después de haber atado la bicicleta de mi amigo detrás del auto, nos llevaron a la jefatura de policía.

Apenas el portal de la jefatura de policía «Ettstrasse» se hubo cerrado tras de nosotros, los policías que nos habían detenido difundieron la noticia de mi detención: «¡Tenemos a Beimler, ya lo tenemos!». En algunos minutos estuvimos rodeados de S. A. y S. S. Fué una profusión de injurias, sobre todo contra mí: «¡Bueno, hombre, ya te tenemos ahora! ¡Nos volveremos a ver en Dachau! ¡Se acabó la revolución mundial, cochino agitador!» Todo el mundo estaba visiblemente satisfecho de la «captura». Un S. A. saltó desde la ventana del primer piso para verme y «expresar su alegría».

Finalmente, nos dirigieron hacia el primer piso, donde se encuentra la sección política «6/A».

EN BUSCA DEL «PLAN DE INSURRECCION»

Lo mismo que abajo, en el patio, la «sala de recepción», así como la sala contigua, se llenaron en pocos minutos; era un constante ir y venir. Mis vestidos fueron registrados otra vez, tuve que quitarme los zapatos y los calcetines y hasta el pantalón, pero no se encontró cosa distinta que durante el registro que me hicieron en el mismo momento de mi detención. Aquellos señores estaban sensiblemente decepcionados, al no haber encontrado en mi poder ningún «plan de insurrección de la revolución mundial» o, por lo menos, alguna «lista negra» con varios miles de nombres de jefes de S. S. y S. A., y quizás también una pequeña ametralladora o el «plano de emplazamiento de un depósito de municiones», etc. Entre tanto, dos secretarios habían preparado el «atestado de recepción». Mientras una de estas piezas había de ser escrita en la máquina y estaba ya en el rodillo, la otra «original» había de ser escrita a mano.

Cuando contesté a la pregunta: «¿Cuál es el último cargo que usted desempeñó en el Partido?», con un «Secretario del Partido y diputado al Reichstag», me interrumpieron en seguida: «Ex diputado», a lo que yo contesté: «Si ustedes dicen «ex», puedo solamente declarar que he sido elegido otra vez al Reichstag el 5

de marzo, como lo he sido otras dos veces, por 60.000 obreros de Munich en la candidatura del Partido Comunista. Si en la actualidad no puedo ejercer mi mandato, esto no modifica el hecho de que he sido elegido por 60.000 obreros de Munich.» A esto, uno de ellos contestó sonriente: «Pronto te haremos olvidar tu mandato de diputado al Reichstag.» Después de haber contestado a un gran número de otras preguntas, tuve que escribir en el «original», con letras alemanas: «Nací en 1895, fui a la escuela primaria y aprendí la profesión de cerrajero.» Y en letras latinas: «Soy miembro del P. C. A. desde 1918, y mi última función fue la de Secretario del Partido y diputado al Reichstag.»

Se me hizo comprender, entonces, que, de momento, quedaba en «detención preventiva», y fui llevado por un S. S. Apenas habíamos salido de la habitación cuando me puso en el antebrazo izquierdo el famoso «ocho» (esposas de hierro) y me llevó a lo largo del corredor. Nos siguieron dos S. S. Estaba convencido de que me conducían ahora a la sala de recepción de la cárcel de policía y me sorprendía salir de este apuro tan fácilmente, con algunas reflexiones irónicas en el momento de mi detención y algunas injurias en el momento de la recepción; pero nuestro camino hacia la cárcel tomó otro rumbo que el que, tan a menudo, me habían hecho seguir en otro tiempo. Hay, por cierto, pocos comunistas, y todavía menos militantes comunistas, que no conozcan perfectamente la «disposición de los lugares» en las jefaturas de policía, de modo que en el momento en que vi que no nos internábamos por la escalera que baja a la cárcel, comprendí lo que me destinaban. Mis ideas tomaron en seguida otra dirección y pensé que se me iba a llevar inmediatamente a Dachau. Entre tanto, habíamos pasado la oficina del censo y llegábamos a la «sala blanca». Esta sala blanca, que en otra época servía para la exposición y para la fijación de las listas electorales en el momento de las elecciones parlamentarias, había sido transformada, desde el 10 de marzo, en cuerpo de guardia y dormitorio de los guardias S. A. y Cascos de acero para la jefatura de policía y la Comisaría próxima. En cuanto llegamos a esta sala y los 50 ó 60 cascos de acero que se encontraban en ella supieron quién era el prisionero (es decir, el «famoso Beimler»), se produjo un verdadero tumulto y no pude discernir más que una cierta cantidad de injurias y de amenazas. Estábamos cercados y la situación me

hacía temer lo peor: mientras mi «guía» me llevaba a través de toda la banda, ésta nos siguió. Una vez llegados a la amplia escalera de piedra que conduce a la Neuhauserstrasse, bajamos algunos escalones, y el S. S. que me llevaba se dirigió a la banda que seguía acompañándonos, haciéndole una reflexión de la que sólo comprendí las últimas palabras: «...y que todos los otros se queden atrás».

EMPIEZAN LAS TORTURAS

Durante este tiempo, habíamos seguido nuestro camino y llegado más allá de la primera escalera. A la vuelta de la segunda escalera pude comprobar que cinco o seis S. S. «solamente» nos habían seguido y que la horda había vuelto a la sala y se mantenía tranquila. Me empujaron bajo la escalera a una pieza que no tenía ventana y que estaba iluminada por una bombilla. Aparte esta bombilla eléctrica, la habitación tenía por todo mobiliario una mesa de despacho negra y una cama con un jergón. Mientras cerraban la puerta tras de mí y me quitaban el «ocho», un hombrecillo con aspecto brutal, un S. S., se irguió delante de mí y ordenó: «*Quítese el abrigo y el sombrero*».

Accedí a la invitación y coloqué estos objetos encima de la cama. «*Quítese americana y chaleco*», fué la segunda orden. Como dudaba un poco, me gritó en seguida: «Más de prisa, más de prisa». Y coloqué las dos cosas encima de mi abrigo y de mi sombrero. Finalmente me dió la tercera orden: «*Bájese el pantalón*». Después tuve que tenderme sobre la mesa. Dudé todavía más que a la segunda orden. Momentos después había tendido el cuerpo sobre la mesa, con las piernas pendientes en ángulo recto hacia el suelo. Pero el «comandante» no está contento con esta posición: «*Tiéndete a lo largo*», y como, al decir de este «héroe», el tiempo apremiaba, *me tomó la cabeza bajo el brazo y me extendió a lo largo sobre la mesa*. Tomó asiento a mi lado, y *presionando mi cabeza con el brazo derecho, me cerró al mismo tiempo la boca con la mano izquierda*. Después de haberme colocado en la posición deseada, le oí decir: «*Vamos*». Y los lacayos pardos del Ca-

pital me pegaron hasta que no me fué posible articular un sonido (el que me sujetaba la cabeza había levantado mi camisa hasta por encima de la cabeza).

No sé si fueron sesenta o setenta bastonazos, porque me pegaron hasta hacerme perder el conocimiento. Cuando recobré mis sentidos estaba más bien arrodillado que de pie ante la mesa. El sudor corría por mi cara como si me hubiesen vertido un jarro de agua en la cabeza. Aunque era incapaz de tenerme en pie, uno de los bandidos me gritó otra vez: «¡Pronto, ponte el pantalón, date prisa!». Tenían «tan poco tiempo», que hicieron el simulacro de «empezar otra vez» si tardaba demasiado en vestirme. Apoyado con la mano derecha en el borde de la mesa de torturas, me vestí con la izquierda. Hubiera gritado de dolor cuando los tirantes rozaron mis hombros. Tuve vértigos y creí que iba otra vez a perder el conocimiento. Mientras me ponía la americana, el que me había «sujetado mi cabeza» me preguntó si ahora me «imaginaba todavía» ser diputado al Reichstag, a lo que contesté: «¿Es por esto por lo que me pegaron tanto?». «Es todavía demasiado poco», gritó otro que había llegado mientras me estaban moliendo a golpes. Un segundo más tarde estaba otra vez extendido sobre la mesa y fui nuevamente golpeado hasta que ya no pude proferir palabra. En verdad, aquello no se podía resistir. Porque en el intervalo entre la primera tortura y la segunda, mis muslos, mi trasero y mis dos hombros se habían hinchado fuertemente. Oí decir: «Basta», y las tenazas se aflojaron, al mismo tiempo que se me empujaba lejos de la mesa. Tuve que reunir todas mis fuerzas para mantenerme más o menos en pie. «¿Estás contento ahora?», me preguntaron cínicamente. Para que no me volviesen a echar en la mesa, no me quedaba más remedio que callarme.

«EL CANALLA VIVE TODAVIA»

¿Qué es lo que me va a ocurrir ahora? Era el único pensamiento que me ocupaba y me daba, al mismo tiempo, fuerzas para estar preparado para nuevas torturas y para todo, porque me habían pegado con rabia y me parecía que su deseo bestial no

podía sino aumentar. Pensé: «seguramente no saldrás vivo de este tabuco». Cuando me hubieron dicho: «Toma tu sombrero y tu abrigo», recobré un poco de esperanza. El S. S. que antes me había llevado a la celda, con las esposas en las muñecas, me cogió por debajo del brazo izquierdo y me hizo subir con dificultad las dos escaleras de piedra que conducen hasta la «sala blanca». Toda la banda de los S. A. estaba todavía reunida en la sala de arriba de la escalera, gozando sin duda del placer de oír caer golpes sobre un cuerpo humano. Cuando me vieron, empezaron otra vez a gritar, y una atmósfera de pogrom llenó la sala: «¿Pero el bribón todavía vive?», gritó uno de ellos. Otro dijo: «¡Destrozaadlo de una vez!», y además gran cantidad de injurias, dignas solamente de brutos de este tipo.

Se pusieron en dos filas y tuve que aguantar los golpes de todos. Cuando llegamos hacia el centro de la sala, sus alaridos iban aumentando cada vez más y no tuve más que este solo pensamiento: «Ahora, seguramente me pegarán un tiro por la espalda». Estaba preparado, y cada paso que daba creía que era el último de mi vida. Pero no lo hicieron; sólo uno de ellos tuvo el «valor» de lanzarme con todas sus fuerzas, con sus botas de verdugo, *un puntapié en los bajos de la espalda*. Si «mi guía» no me hubiese tomado y sostenido por el brazo izquierdo, me habría caído al suelo. Puedo decir que el dolor de los azotes y del último puntapié eran insoportables; pero, sin embargo, di un suspiro de alivio cuando oí que cerraban tras de mí la puerta de la «sala blanca». En la sección «6/A» me condujeron a una habitación en la puerta de la cual estaba escrito: «Despacho (o sección) de detenciones preventivas».

Apenas habíamos entrado en la habitación y el funcionario presente, luciendo su svástica, se hubo dado cuenta de mi presencia, vino a mi encuentro y me dijo: «Y bien, señor Beimler, ¿qué tiene usted? ¿Está usted enfermo, o es que le falta algo?» «Siéntese», añadió, sabiendo perfectamente que no podía sentarme. Al mismo tiempo, la mecanógrafa que estaba presente me acercó una silla. Como el sudor seguía brotando de mi frente y nuevamente estaba a punto de caerme, me acurruqué, a pesar de mis horribles dolores, en el extremo izquierdo de la silla, y me acodé sobre la mesa de despacho que estaba próxima. Al cabo de cinco minutos aproximadamente se dijo a mi «guía» que me llevase, sin añadir

otra cosa. Supongo que me habían conducido a esta habitación únicamente para permitir al «Señor Director» que se asegurara por sí mismo de que me había sido administrada realmente la «lección necesaria». Esta vez llegamos muy rápidamente *al despacho de recepción de la cárcel*. Nuevamente me obligaron a vaciar mis bolsillos, y un guardia comprobó si lo había depositado todo encima de la mesa. Mientras tanto, otro guardia, bastante corpulento, estaba hablando mal de los comunistas, esos devoradores de hombres, a los cuales prestaba la bestialidad criminal que acababa de ser ejercida prácticamente por los soldados asesinos fascistas sobre estos mismos comunistas. *Era uno de estos «funcionarios», quien durante la República soviética bávara juraba con la misma «rabia» contra los guardias blancos del general Epp*, es decir, era uno de esos hombres que están siempre de acuerdo con el poder. Fué esta chinche panzuda quien me llevó a la celda 44, en el cuarto piso. En esta celda común se encontraban ya otros cuatro camaradas, entre los cuales solamente conocí al compañero Erich Olchevski, cuyo viejo padre se encontraba ya desde hacía varias semanas en prisión preventiva en Landsberg.

Como me retorció de dolor en mi jergón, sin poder hablar apenas, mis cuatro compañeros de celda me rodearon y me rogaron que les contase lo que me había pasado. Les pedí entonces que me ayudaran a desnudarme. Una vez quitados mis tirantes y mi pantalón, todos dieron gritos de horror al ver hasta qué punto mi cuerpo estaba lacerado de golpes.

LOS PRISIONEROS SON TRATADOS «SEGUN SU RANGO»

Al cabo de tres días, fuí trasladado a la celda 13, que en tiempo normal está dispuesta para 14 prisioneros. Pero cuando me pusieron en ella contenía 22. En ningún sitio, seguramente, existe una cárcel tan sucia como la cárcel de la policía de Munich, y en ningún sitio, tampoco, hay un celda tan sofocante como aquélla. Los prisioneros tienen verdadero miedo a la noche, por la gran cantidad de *insectos asquerosos que en ella pululan*.

No había que extrañarse al ver el suelo barrido de una manera muy rudimentaria y que una celda tan grande como ésta fuese «limpiada» solamente cada dos días con un trapo húmedo que, en vez de quitar el polvo que sale de los 22 jergones, no hacía otra cosa que pegarlo al suelo.

Además de cierto número de camaradas comunistas, había en la celda algunos intelectuales y seis dirigentes de radio de la «Bandera del Imperio». Uno de estos intelectuales, cuyo nombre no recuerdo, desgraciadamente, *fué detenido por haber escrito, hacía un año, algunos artículos en la «Frankfurter Zeitung» sobre los progresos de la arquitectura en la Unión Soviética.* Teníamos también en nuestra celda a un monárquico que había sido detenido con motivo de los «proyectos de atentado» contra el conde Arco-Valley, el asesino de Eisner.

Cuando pude otra vez tenerme más o menos en pie y andar, escribí al presidente de la policía política bávara y al dirigente del Reich de la S. S. pidiéndoles permiso para hacer venir periódicos y tabaco. El día siguiente, un funcionario me leyó en un pedazo de papel la contestación de Himmler: «Decid a Beimler que puede pedir todos los periódicos que quiera; se le prohíbe fumar».

Hubo «gran discusión» en la celda sobre esta contestación, y con mayor motivo porque el pretendido «autor del atentado Arco», que estaba cerca de nosotros, en la celda 15, no sólo fumaba cigarros de 50 pfennig, podía beber vino y cerveza, sino que «era servido por señoras», recibía sus alimentos del hotel y podía darse una buena vida de prisionero. Los seis militantes del «Reichsbanner» (Bandera del Imperio) se extrañaron mucho cuando les dije que, en el piso superior, Rosenstrass, Auer y algunos redactores de la *Münchener Post* gozaban de las mismas ventajas que el monárquico.

«MUERO POR LA ESTRELLA SOVIETICA»

Los días que transcurrieron hasta mi traslado al campo de concentración de Dachau estuvieron «llenos de imprevisto»; en efecto, fué un ir y venir constante, porque, fuera del viejo camarada Karl Hans, de Allach, un camarada de Dachau, los seis

miembros de la Bandera del Imperio y yo, la mayoría de los detenidos no quedaban más de uno o dos días. O eran puestos en libertad, o transferidos a otra celda o a otra cárcel, a Stadelheim, Neudeck, Kornelius o bien directamente a Dachau. Aparte de los militantes del P. C. A., de la J. C. y de otras organizaciones, la mayoría de los detenidos, es decir, de los recién venidos, eran miembros del Partido Comunista o de las Juventudes. Muchos jóvenes camaradas habían caído en manos de los bandidos asesinos por haber vendido la *Neue Zeitung* o distribuido octavillas. Estos camaradas no solamente desplegaron actividad mientras estuvieron en «libertad»; no fueron menos valientes cuando *fueron torturados y amenazados de muerte a causa de su actividad revolucionaria*. No es posible, desgraciadamente, citar a todos los proletarios que no sólo no chistaron, sino que dieron prueba de un verdadero heroísmo. He aquí un ejemplo:

En el grupo local de Funtzing, cerca de Munich, detuvieron a gran número de camaradas, entre los cuales había varios jóvenes. Como la mayoría de los detenidos, fueron arrastrados a la sala de torturas, y para empezar recibieron solamente diez azotes en el trasero, y luego se preguntó a uno de ellos: «¿Estás todavía por el comunismo?» A lo que el joven camarada contestó: «Sería preciso que yo tuviese una convicción muy débil para que diez azotes me hicieran renegar de ella». Naturalmente, esto puso rabiosos a los cosacos pardos, y pegaron de una manera espantosa al joven camarada.

De nuevo la pregunta: «¿Estás todavía por el comunismo?» «Incluso si me matáis, moriré por la estrella soviética», fué la contestación. Después de esto, aquellos brutos golpearon de un modo tan salvaje el cuerpo del camarada, que la carne de la espalda le caía a girones sobre sus muslos. El camarada fué arrastrado a su celda, cubierto de grandes tapones de algodón. Cuando los otros detenidos de la celda vieron esto, su odio no hizo más que aumentar. Sólo un camarada, ya de edad, se escondió en un rincón para llorar...

Podría citar una docena de hechos de esta índole. Esto no es más que un ejemplo del verdadero heroísmo de que dieron prueba nuestros camaradas en las cárceles del «III Reich».

Permanecí ocho días en la cárcel de la policía, y en este tiempo muchos camaradas me enseñaron su cuerpo lleno de llagas.

Todos tenían la opinión de que incluso los mismos verdugos debían estar hartos de tener que dedicarse varias veces al día a golpear cuerpos humanos.

Pero la celda número 13 se abrió otra vez, bruscamente, y el camarada Horn, militante del sindicato unitario de la construcción, entró arrastrándose con dificultad en la celda. No tuvo necesidad de hablar, y nadie tampoco se atrevió a hacerle la pregunta. Estaba claro para todo el mundo. Había estado en la famosa celda. *En las comisuras de los labios tenía sangre; el dorso de la mano izquierda era dos veces más grueso que una mano normal.* Se dejó caer en el jergón y se quejó. Al cabo de algún tiempo se rompió el silencio de muerte que reinaba en la celda. Horn se apoyaba sobre el brazo derecho y examinaba a los otros detenidos. Cuando me vió dejó, por un momento, de pensar en sus propios sufrimientos. Su alegría fué grande al verme todavía vivo, porque los camaradas y los obreros, lo mismo que él, tenían dudas a este respecto. Nos rogó que le quitáramos la americana, ya que él mismo no era capaz de hacerlo, «suavemente, suavemente», decía, porque el dolor era visiblemente muy fuerte. Luego se desabrochó los tirantes e hizo caer el pantalón. Apenas hubo levantado la camisa, dimos todos un grito de horror: *el cuerpo entero, desde los tobillos hasta la nuca, no era más que una masa sangrienta.* Estas nuevas señales de torturas fascistas demostraron a los camaradas que yo tenía razón al decir que nos esperaban cosas mucho peores: «Pensad—les decía yo—en Bulgaria, Hungría, Polonia, Italia». A pesar de esto, el estado de ánimo de los prisioneros, salvo pocas excepciones, era bueno y lo alteraban solamente las atrocidades continuas del ejército pardo.

Pasaron diez días y me llamaba la atención el hecho de que otros camaradas y yo permaneciéramos tanto tiempo en la cárcel de la policía, mientras que la mayor parte de los detenidos salían de ella al cabo de unos días. Pero después de todo, ser torturado en tal antro fascista o en tal otro no tenía importancia. Varias tentativas para ponernos en comunicación con el mundo exterior estuvieron bastante tiempo sin dar resultado. Nos teníamos que contentar con las noticias que nos traían los recién llegados sobre lo que ocurría fuera. Me sorprendió bastante la noticia que me dió, el 22 de abril, un S. S. de bastantes años, un proletario, por la puerta de la celda, que permanecía abierta durante la «lim-

pieza», de que los bandidos no se habían contentado con tenerme en sus manos sangrientas, sino que también habían metido en la cárcel a mi mujer, lo mismo, por cierto, que a todas las mujeres de los dirigentes. *Solamente las mujeres de los que fueron asesinados, como Dressel, Hausmann y otros, podían esperar ser liberadas. Mientras que la mujer, también detenida, del camarada Knoder, de Passing, se ahorcó en la cárcel de Stadelheim, todas las demás, incluso la mía, están detenidas, quién sabe por cuánto tiempo todavía.*

UN NUEVO «ATENTADO CONTRA HITLER» AL ORDEN DEL DÍA

El descubrimiento, de cuando en cuando, de un «proyecto de atentado» forma parte del plan de terror del gobierno hitleriano. Una vez son «tres bolcheviques rusos que han sido vistos en el momento en que ponían granadas de mano debajo de un monumento y que se alejan después en auto». Ahora, el 2 de abril, se trata del sobrino del poeta hindú Tagore, que venía de Italia. Había pasado la frontera en el auto del barón von Vegesack, había sido detenido en Kufstein y llevado a Munich a la cárcel de la policía. Habían echado a este «tipo peligroso» a nuestra celda la noche del 24 de abril. Le preguntamos por qué había sido detenido siendo extranjero, y nos contestó que no sabía más que nosotros. Habiendo los detenidos de la celda 13 obtenido permiso para «pasearse» durante un cuarto de hora por el corredor, el 24 de abril, un jefe de sección de la S. S., muy corpulento y con la cara hinchada de grasa brillante, se juntó con el policía que nos acompañaba y charló en voz alta con él. Cuando vió al «autor del atentado» lo designó con el dedo y dijo al policía: *«He aquí el muchacho que proyectó un atentado contra Hitler, pero que ha sido señalado a tiempo desde Italia. En este momento el auto confiscado está enteramente desmontado, y si en él se encuentra el menor indicio será inmediatamente fusilado».*

Ahora, Tagore y nosotros sabíamos el motivo de su detención. Nos dábamos cuenta del carácter grave de la situación en que se

encontraba Tagore, y sabíamos también que aquella banda era capaz de todo. Un asesinato más o menos no contaba para ellos. Tagore mismo nos contestó, riendo: «Es una gran tontería». Pero nosotros estábamos inquietos a su respecto y nos alegramos cuando, al cabo de algún tiempo, tuvieron que liberarle. Desde entonces, en un manifiesto detallado en la prensa sobre sus impresiones de la Alemania fascista, tomó posición por las víctimas de los potentados fascistas. Es verdad que había visto nuestros cuerpos cubiertos de llagas.

VERGAJOS DE 70 CENTIMETROS

Al cabo de quince días de detención, no pensaba ya en que me podía llegar el turno, cuando el guardia abrió la puerta de mi celda y llamó a los prisioneros que habían de ser trasladados. Me quedé muy sorprendido, el 25 de abril, al oír mi nombre, con la observación siguiente: «*Devuelva la toalla y tome todo lo demás*». Abajo, en la sala de recepción de la cárcel, los objetos que nos habían sido quitados, a excepción de los cuchillos y bastones, nos fueron restituídos y tuvimos que penetrar en una jaula con barrotes de hierro.

Una vez todos los camaradas dispuestos—éramos aproximadamente diez o doce—entró un pretendido agente de Seguridad, con una inmensa svástica en la solapa de la americana. Después de un nuevo llamamiento, declaró: «*Se van ahora a Dachau. Les advierto que al menor intento de huida se les disparará sin consideración. Además, está prohibido fumar en el coche y hablar a los otros prisioneros*».

Entre tanto, un gran número de S. S., armados de carabinas, se habían puesto en dos filas, entre las cuales nos condujeron hasta el auto. En el coche se encontraba cierto número de detenidos que habían permanecido mucho tiempo en la cárcel de Stadelheim y, entre ellos, militantes comunistas. Estaba, además, el Mayor Hunglinger y—como supimos en Dachau—otras seis figuras «sospechosas» que habían llevado más o menos el uniforme

pardo de los bandidos. Al cabo de 20 a 25 minutos nos aproximamos al campo, que se distinguía ya desde lejos, por un laberinto de alambres espinosos. Ante las oficinas de la administración se encontraba ya toda una banda de S. A. y de S. S. *armados no sólo con pistolas de gran alcance, sino también, como el mismo comandante del campo, con vergajos de 60 a 70 centímetros que tenían en sus manos manchadas de sangre obrera.* Todavía no habían descendido del coche la mitad de los nuestros, cuando empezaron a aullar porque no se habían presentado ante los mercenarios pardos «*en fila, de dos en dos*». Yo era el segundo de la sexta fila, lo cual no gustó al «héroe» S. S. que me acompañaba de modo muy especial (el mismo que en la jefatura de policía me había mantenido la cabeza apretada bajo su brazo, cuando me molieron a palos en la sala de torturas). Me ordenó que me pusiese a la derecha. Ya habían empezado a pasar lista. Lo hacía el «dirigente de la sección de la distribución del trabajo», según una lista redactada por la policía, que le había entregado el jefe del convoy. Junto a cada apellido había una «característica» de los detenidos. Cada persona llamada debía contestar «presente» y debía ponerse en actitud de firme. *El bandido repitió lo menos ocho o diez veces el nombre de Beimler* porque no había contestado bastante fuerte: «presente». Mientras tanto, otros hacían reflexiones sarcásticas: «Este va a saber lo que es bueno», «el agente pagado de Moscú no sabe lo que le espera», y otras cosas por el estilo. Después de haber leído los veinticinco nombres, el mayor y las seis «figuras dudosas» de las que hablé más arriba, hubieron de alinearse a cierta distancia de los otros prisioneros, la mayoría de ellos comunistas.

«*¿Hay también judíos por aquí? ¡A la derecha igualmente! ¡Incluso los judíos bautizados!*», gritó un «héroe» muy joven, mientras examinaba el grupo de la izquierda. Dos muchachos—probablemente estudiantes o comerciantes—salieron de las filas y se unieron a nuestro grupo.

LA «CORDIAL BIENVENIDA» A DACHAU

Ya durante el camino, noté que «la tenaza viviente» que me había sujetado la cabeza en la jefatura de policía, mientras que los otros me pegaban con toda su fuerza, tenía todavía en las manos un rollo que había enseñado a los tres policías que estaban sentados a nuestro lado cuando me mandó que me pusiese a la derecha. Supe entonces lo que significaba este rollo, porque, habiéndole desplegado, me lo colgó al cuello. Era un letrero con las palabras: «*Cordial bienvenida*». Luego, el comandante del campo (siento muchísimo no haber podido saber su nombre), el tipo exacto del asesino de Liebknecht i de Luxemburg, tomó la palabra y declaró, señalando al grupo de la derecha: «*Aquellos puercos serán inmediatamente encerrados (es decir, serán molidos a golpes), son indecentes y traidores pagados. Aparte de éstos, los del grupo 3, son todos proletarios—creo yo—que han sido engañados por éste (me señaló con el dedo). Les enviaremos al grupo 2. Cada uno de ellos podrá guardar cinco marcos del dinero que trajo. Estos otros puercos no tendrán ni un solo pfennig.*»

Luego ordenó: «A la izquierda». Anduvimos y cruzamos el campo de dos en dos, pasando por delante de los prisioneros, la mayoría de ellos ocupados en la construcción de un camino. Otros se hallaban en los techos que estaban alquitranando; veinticinco hombres aproximadamente, a quienes reconocí como antiguos militantes, debían tirar del pesado rodillo, escena reproducida en el *Münchener Illustrierte Zeitung*, número 28, del 16 de julio de 1933, y que los periodistas pagados presentaron como la «verdad» sobre Dachau, como la contraprueba del terror y de los asesinatos cometidos en el infierno de Dachau. El antiguo diputado al Landtag por la Baja Baviera, Michel Hollertseder, estaba ocupado en cimentar un canal de desagüe. Se atemorizó cuando me vió con el cartel al cuello, sin duda porque presentía que nada bueno me esperaba.

En una gran sala donde había algunos estantes y algunas me-

sas, tuvimos que sacar todos los objetos de nuestros bolsillos y ponerlos encima de la mesa. Para el bandido S. S., Steinbrenner, el asesino y verdugo de todos los prisioneros muertos en Dachau, no lo hacía con bastante rapidez. Al registrar mis bolsillos, encontró en un pequeño bolsillo de la americana un pedazo de lápiz, y en seguida se puso a gritar:

«Señor Comandante, señor Comandante, este canalla no ha ejecutado la orden de ponerlo todo encima de la mesa; nos ha querido engañar.»

Y al decir esto enseñaba el pequeño lápiz que había encontrado. «*Al secreto por catorce días*», fué la rápida contestación del comandante. Era, naturalmente, un simple pretexto, porque al cabo de algunos minutos me entregaron no sólo este lápiz, sino también una pluma, papel de cartas, un carnet de notas, etc. Necesitaban este pretexto, cogido por los cabellos, para aislarme en lo futuro de los otros camaradas del campo. Mi suerte estaba echada ya durante mi estancia en la cárcel de la policía. Para los verdugos pardos era ya cosa decidida, como por cierto me lo repitieron abiertamente en los días siguientes decenas de veces, que *no saldría vivo del campo*. Nos llevaron en seguida al mayor de policía Hunglinger y a mí. Ya camino de las celdas de arresto, Steinbrenner me pegó con el vergajo en la cabeza y en las orejas, ante los ojos de muchos centenares de prisioneros que trabajaban cerca de allí en un jardín. Luego gritó a los camaradas: «Mirad, tenemos vuestro Beimler, que os engañó y excitó». Y me dió más golpes en la cabeza.

Como la puerta de entrada, en la que estaba escrito con yeso la palabra «Guardia» estaba cerrada y el guardián de las llaves estaba ocupado con los otros prisioneros recién llegados, tuvimos que esperar todavía ante él.

Mi verdugo de la cárcel de la policía, que corría continuamente detrás de Steinbrenner, aprovechó la ocasión para repetirle lo que era el «instigador Beimler», y como no podía alejar la idea de que yo persistiera en crearme elegido diputado al Reichstag, me preguntó otra vez si tenía todavía la pretensión de ser miembro del Reichstag. Le contesté que la pretensión es una noción burguesa y que no existe para nosotros los comunistas. Entonces se volvió hacia Hunglinger, que estaba a su lado:

«Y tú, traidor, puerco, canalla, te hemos descubierto ahora;

sabemos que nos has espiado y que la policía te pagó por esto. Bastante les has hecho tragar saliva y sudar tinta a nuestros S. A. en la escuela de oficiales».

Mientras hablaba se enfureció y dió a Hunglinger algunos golpes en la cara. Entre tanto, llegó el guardián con las llaves y abrió la puerta de la «Guardia». Algunos segundos después estaba en la llamada celda de arresto núm. 3, y Hunglinger, en la núm. 1.

Apenas había entrado en la celda cuando me di cuenta de que no me encontraba en una celda de cárcel sino en un antiguo W.-C. La prueba estaba en los tubos de desagüe y en la conducción de agua. Más tarde pude convencerme de que en la barraca había ocho celdas de este mismo tipo, unas al lado de otras, que habían servido de W.-C. y de lavabos a los obreros de la fábrica de municiones durante la guerra y en el emplazamiento de la cual se encuentra actualmente el campo de concentración. Los olores que emanaban de los tubos de desagüe me llamaron la atención sobre las posibilidades de aireamiento, y me animé al ver una «ventana» de una 45 centímetros cuadrados aproximadamente, con barrotes de hierro muy fuertes, colocada en lo alto de la pared.

«LA CUERDA ESTA A SU DISPOSICION»

Catorce días de calabozo es una «buena perspectiva», pensé. Cuando estaba sentado en el extremo del primitivo catre, mi único mobiliario, pensando en la suerte que me aguardaba, la puerta de mi celda se abrió y tres S. S., con las manos a la espalda, precedidos de Steinbrenner, entraron diciendo estas palabras:

«Ahora te tenemos, incitador, traidor a la patria, traidor a los obreros, puerco bolchevique.»

Mientras tanto, Steinbrenner me dió algunos golpes en la cabeza y en los hombros. Con esto se puso en un estado bastante rabioso, y comenzó a aullar:

«Quítate la americana, bájate los pantalones y acuéstate», dijo señalando el catre.

Como no ejecuté inmediatamente sus órdenes, me agarró con

la mano derecha por el cuello y me lanzó sobre la cama. Mientras tanto, los otros dos se habían colocado a mi derecha y los muy perros me pegaron hasta que no me pude mover.

«¡Ahora te vamos a hacer pagar tu actividad; levántate!»

Apenas me puse en pie cuando me dió con su vergajo, del que colgaban ya pedazos de carne, más golpes en los hombros. Luego me empujó hacia un rincón y me preguntó:

«¿Te decides ahora a confesar que has traicionado a los obreros?». Contesté:

«Si ahora, por miedo a los golpes, confesara que he traicionado a los obreros, merecería ser destrozado aquí mismo.»

Pensé que iban a pegarme otra vez, pero me dejaron tranquilo. Al cabo de algunos minutos oí golpes y gritos en otra celda. Era Hunglinger, contra el que parecían especialmente enfurecidos. Como él mismo dijo, era miembro del N. S. D. A. P. desde 1920, y representó un gran papel en la escuela de los cuadros de los nazis en Munich. Se podía decir que gozaba de la «confianza del jefe». Cuando los nazis, el 10 de marzo, pudieron apoderarse de los dossiers de la policía, después de su llegada al poder en Baviera, parece que comprobaron que Hunglinger, cuando su actividad en el Partido de Hitler, daba informes a la policía política, ¡en la que él mismo había sido comandante! Sea como fuere, le pegaron terriblemente, porque después de haberse ido los «héroes» le oí todavía gemir.

Apenas había pasado media hora, cuando la puerta de mi celda se abrió otra vez. El guardia Vogel, responsable de la barraca de las celdas, estaba delante de mí.

«¿Tiene usted un ruego, un deseo, o una queja que formular?» Tal fué la pregunta que me dirigió. Mi odio y mi repulsión contra esta banda de asesinos eran demasiado grandes para que me humillara hasta el punto de dirigirles un ruego o expresarles un deseo. ¿Una queja? No tenía ganas de que se burlase de mí. «Ninguna de las tres cosas», fué mi contestación. Entonces me dió una cuerda de dos metros de largo y de un dedo de grosor, y me invitó a colgarla del pequeño grifo del agua.

Después de un breve instante de reflexión, cogí la cuerda y seguí reflexionando. «Sí, sí—me dijo—, no tiene más que subir a la cama y colgar la cuerda del grifo...»

Subí a la cama y colgué la cuerda al grifo. Cuando bajé, me dió las siguientes instrucciones:

«Cuando, de ahora en adelante, alguien penetre en la celda, se tendrá que poner firme y decir: «El preso preventivo Beimler se declara presente», y señalándome la cuerda, añadió: «Si le asalta alguna duda, entonces la cuerda está a su disposición».

«QUIERO AYUDARTE»

Durante mi estancia en la cárcel de la policía, me había enterado ya de que el camarada Götz Sepp (secretario del Partido durante muchos años) se encontraba desde hacía varias semanas en el campo de concentración y que había sido condenado, días antes, a *«calabozo por tiempo ilimitado, por rebelión en el campo»*.

Suponiendo que él también debía encontrarse en un tabuco del tipo del mío, golpeé varias veces en la pared. Como no recibía contestación, intenté llamar. Entonces me contestó y pude comprobar que se encontraba cerca de mí, en la celda núm. 2. A mi pregunta de cómo estaba, me contestó: «Ya lo sabes: aquí se está muy mal.» Le pregunté: «¿Has oído cómo me han pegado?» Y me dijo: «Sí, sí, pero esto no es lo peor, espera que sea de noche y verás».

Debo confesar que estas palabras me dieron miedo. «¿Qué puede pasarme todavía peor que lo que he sufrido hasta ahora?»

Me confirmó, además, que la duración de su estancia en el calabozo era ilimitada, y luego interrumpimos nuestra conversación. Hunglinger había llamado a la puerta de su celda. No había timbre. Oí que pedía salir. Cuando volvió, dijo al guardia Vogel, quien le preguntaba cómo estaba: «Déme un revólver; quiero matarme; no puedo soportar los golpes».

«No hay revólver aquí—contestó Vogel—, y desde luego, no vales una bala. Hubieras debido pensar antes que tienes una familia, y no traicionarnos. Pero, sin embargo, voy a ayudarte.» Y le llevó también una cuerda.

PERMANECER FIRME, PASE LO QUE PASE

¿Qué es lo que me va a traer la noche?, me estaba preguntando, sin llegar a creer que pudiera sucederme algo peor. Lo peor no podía ser más que el asesinato, y esto lo tenía ya descontado. En todo caso, había formado propósito de no utilizar jamás la cuerda. Conocía los sentimientos de los obreros y mejor todavía el de mis compañeros del Partido; suicidarme significaría, a los ojos de los obreros, retroceder ante las consecuencias inevitables de la actividad revolucionaria. *Hay, pues, que permanecer firme, pase lo que pase.*

La noche se acercaba lentamente. Hacia las nueve, en las barracas, delante de las celdas, no sólo no se hacía la calma, sino que la animación y el ruido aumentaban. «Prepárate», pensé, cuando oí sonar las llaves y resonar los pasos de los verdugos. Pasaron de largo ante mi celda y al cabo de algunos minutos oí al Mayor Hunglinger dar gritos espantosos. Por el número de los golpes dados al mismo tiempo, me di cuenta de que, esta vez, más de tres personas participaban en las torturas. «¿Pero no acabarán nunca?», me decía yo; y no acababan nunca. Varias veces los golpes cesaban y no se oía más que ruidos confusos. Como supe luego, los verdugos habían vuelto sus vergajos y pegaban con el mango. Los gritos eran cada vez más espantosos y acabaron en un estertor. Apenas los golpes habían cesado, cuando ya la celda del camarada Götz estaba abierta. Y de nuevo se repitió lo mismo. Parecían tener cada vez más «valor».

Pegaban y pegaban sin cesar.

Como el camarada Götz me dijo, durante la noche, estaba en la celda desde hacía seis días y había padecido diariamente las mismas torturas.

Luego llegó mi vez. Fué empujada violentamente mi puerta y seis bandidos, con Steinbrenner a la cabeza, se precipitaron en mi celda. Sus kepis negros pegados sobre sus caras, mejor dicho, sobre sus «pintas», me demostraron que se habían «calentado» al cumplir su tarea.

«Vamos, acuéstate», mando Steinbrenner. «Ven, ven», gritó en seguida, y tuve entonces la certidumbre de que Götz tenía razón. Era, evidentemente, peor, sí, tres veces peor que todo lo que había sufrido hasta entonces. Mientras dos a la izquierda y dos a la derecha me pegaban, los «desocupados» les excitaban con una serie de interjecciones como «Rot Front», «¡Viva Moscú!»; «¡Viva Thaelmann!», «¡Viva la Revolución mundial!», y otros gritos por el estilo. Cuando me encogía de dolor y me volvía de un lado, me pegaban en los brazos y en las piernas hasta que me volvía sobre el vientre. No es exagerado decir que cada uno de estos brutos me dió lo menos de 40 a 50 golpes.

Esto no les bastó. Luego tuve que presentar primero la mano izquierda y después la mano derecha, como el alumno a su maestro, para que me pudiesen pegar diez veces con el vergajo en la punta de los dedos. Finalmente, me hicieron lo mismo en el revés de la mano.

Mis dedos y mis manos estaban hinchados hasta tal extremo, que durante varios días no pude tocar nada. Cuando, por fin, salieron de la celda y pensé recobrar la «tranquilidad», pude convencerme pronto de que me había equivocado otra vez.

Entre tanto, habían ido al campo en busca de cierto número de judíos, y los molieron a golpes, uno tras otro, en la celda «vacía», a mi lado. Cuando, por fin, a las diez, se restableció la calma, intenté acostarme. Era imposible pensar en dormir, porque no sabía cómo extender mi cuerpo dolorido.

«¿LA CUERDA ESTA TODAVIA SIN UTILIZAR?»

El día siguiente empezó con golpes e injurias. Steinbrenner, el asesino, solamente se quedaba satisfecho después de haber gritado en la celda por lo menos algunas injurias, casi siempre precedidas de azotes. El día de mi llegada me dieron un plato de hojalata, una cuchara y un cuchillo, pero ni pan ni agua. Me dieron jabón y toalla, pero nada de agua para lavarme. Hacia las 11, el ruido empezó otra vez delante de la puerta y me preparé para

recibir otros golpes. Pero no entraron en mi celda, sino en la de Hunglinger. Otra vez una lluvia de golpes furiosos. Era sencillamente espantoso oír resonar cada golpe. «¡Basta!», dijo uno de ellos al pasar por la puerta riéndose. Estaba persuadido, yo también, de que aquello «bastaba».

Por la tarde, llegó la «comisión» compuesta del médico del distrito y de un escribano con gendarmes de Dachau para constatar la causa de la muerte del mayor Hunglinger, porque *se había ahorcado*. Parece que la comisión tuvo la audacia de preguntar de dónde procedía la cuerda, porque poco tiempo después de haber marchado la comisión, Steinbrenner, el asesino, vino a mi celda y tuve que quitar mi «cuerda» del grifo, atarla a los barrotes de la ventana, levantar la cama y atarla al otro extremo de la «cuerda» para que la cama «no se cayera», según me advirtió irónicamente.

Estoy convencido de que dijeron a la comisión que la cuerda utilizada por Hunglinger servía para la misma finalidad. Por otra parte, era preciso, naturalmente, que la cuerda quedase en la celda para el caso de que tuviese «cualquier género de dudas».

Entonces, sólo quedábamos Götz y yo en el calabozo, y esto nos hizo sufrir más todavía. El sufrimiento empezaba a primera hora de la mañana. Si no tenía mis dedos lo suficientemente pegados a la costura del pantalón, durante el «firmes» me adiestraban pegándome en los dedos. La celda se abría de diez a quince veces al día.

«Tengo curiosidad de saber durante cuánto tiempo todavía contestarás «presente». Desde luego, eres un puerco cobarde, porque si tuvieras carácter tendrías el valor de acabar con esto.»

Tenía que oír estas injurias y otras groserías por el estilo varias veces al día. Así pasaron cuatro días, y cada día se repetía lo mismo.

Por la noche del cuarto día, como los días anteriores, el «jefe de sección» vino a preguntarme, en el tono con que se acostumbra a dirigirse a un amigo:

«Pues bien Beimler, ¿cómo estás? ¿Tienes alguna queja o algún deseo que formular?»

Quejarse al jefe de los verdugos hubiera sido ridículo.

—Quisiera formular un deseo—contesté.

—Pues bien, ¿qué quieres?

—Estoy aquí desde hace cuatro días y hasta ahora no he tenido ni agua ni pan. No sé si aquí el calabozo se acompaña de privación completa de alimentos. Además, no he tenido todavía la posibilidad de lavarme.

—¿Cómo es esto que no le dan nada de comer?—preguntó a Steinbrenner, el asesino.

—Hoy tendrá algo—contestó éste.

Poco después me dieron una rodaja de salchichón negro, un pedazo de pan y un tazón de té caliente. Dieron graciosamente lo mismo al camarada Götz. Me apresuro a decirlo: *el te fué el primero y último alimento caliente que recibí durante los quince días que pasé en Dachau.*

MI ENFERMEDAD

El quinto día, e incluso durante la noche anterior, había sentido violentos cólicos y me preguntaba si debía hacerme inscribir para la visita. Pensaba: esto no tiene ningún sentido; si digo que estoy enfermo, esta banda se alegrará mucho. Pero cuando se abrió la puerta y en vez del bruto de Steinbrenner apareció su «colega» llamado... Marx (!) (me pongo furioso todavía cuando pienso en su *apellido*, como si hubiera sido una tortura más), le pregunté si había un médico en el campo. Como me contestó afirmativamente, pedí que me llevase a su presencia. «Está bien», me dijo; y después de haberme dado, por primera vez, la posibilidad de lavarme, desapareció.

Los dolores iban aumentando cada vez más, pero el médico seguía sin venir. Por fin, hacia las once de la mañana, llegó Steinbrenner con otro prisionero. Tuve que desnudarme, acostarme en la cama, y el prisionero me examinó.

Me llevaron a la ambulancia, que se encontraba en el otro extremo del campo. Después de un nuevo examen, el prisionero, a quien yo tomaba por un enfermero cualquiera que actuaba en espera del médico, declaró que la fiebre empezaba y que había peligro de apendicitis. En vista de este diagnóstico, avisaron al

servicio sanitario y llamaron un auto. A mi llegada a la ambulancia me enteré, por un camarada, de que el prisionero que me había examinado era el *camarada doctor Katz, de Nuremberg*, encarcelado preventivamente por judío y que entonces ejercía la medicina en el campo.

En la ambulancia se encontraban varios prisioneros, la mayoría de los cuales habían sido tan horriblemente torturados, que había sido preciso transportarlos a la enfermería. Entre ellos estaba el diputado al Landtag, camarada Fritz Scharter, de Nuremberg, y un joven comerciante judío que se había ahorcado con una cuerda en su celda. La cuerda había sido puesta también a su disposición por el guardia Vogel, «por si acaso le asaltaba alguna duda»; antes, la banda había pegado terriblemente al muchacho y luego observó lo que hacía. Se ahorcó realmente, pero fué «descubierto» a tiempo. Lo hicieron para engañar a la opinión pública y hacer creer que no tenían el menor interés en que se suicidara ningún prisionero en el campo. Hacia el mediodía, llegaron los enfermeros en un auto y, en compañía de un enfermero de la policía, me llevaron a Munich, al hospital de la orilla izquierda del Isar. Tuve poca esperanza de ser tratado convenientemente al ver que cada uno de los cuatro médicos que me examinaban llevaba, en la solapa de su blusa blanca, el símbolo del asesinato de obreros. Dieron orden de ponerme en observación en una habitación «separada» en cuya ventana habían colocado pesados barrotes de hierro. Al cabo de pocos minutos llegaron dos S. S. mandados por la sección política de la prefectura y se instalaron en la habitación, delante de la cama, con objeto de vigilarme. Las prescripciones del médico: compresas calientes, lavativas, aceite de ricino y dieta, fueron ejecutadas por un enfermero.

El primero de mayo, a la una de la tarde, llegaron de repente dos muchachos vestidos de paisano, con la svástica en el ojal, y, visiblemente nerviosos, se pasearon varias veces de punta a punta de la habitación sin decir una palabra. Con gran asombro mío, los dos S. S. habían salido de la sala. Mientras examinaba a estos extraños visitantes y me preguntaba lo que podía significar esto, uno de ellos me dijo:

—Pues bien, Beimler, levántese y vístase; vuelve usted ahora con nosotros a Stadelheim, a la enfermería.

Contesté, primeramente, que no podía vestirme porque no

tenía vestidos, y luego que no podía andar, a lo que me replicó: «Le traerán en seguida sus vestidos y sólo necesita andar hasta el auto; tenemos un coche particular y le llevaremos a Stadelheim».

Me sentí presa de un espanto involuntario, al oír estas palabras. El traslado de un prisionero en coche particular no prometía nada bueno, y pensé en Karl Liebknecht y en Rosa Luxemburg, a quienes también habían ido a buscar al hotel Eden en coche particular...

«No, no puedo andar», contesté, pensando: será lo que haya de ser. En esto llegó el enfermero para tomar mi temperatura. «¿No puede andar?», le preguntó uno de ellos. «No, no puede andar», fué la contestación. Se lo había contado todo y le había enseñado mi cuerpo dolorido. Sabía que en la jefatura de policía un bandido me había dado un puntapié y los mismos médicos sádicos querían el mismo día hacerme radiografiar porque seguía padeciendo dolores muy fuertes. Mitad furioso, mitad decepcionado, el fascista contestó:

«Pues bien, lo haremos transportar por los enfermeros.»

Los dos salieron de la habitación y poco después llegaron los enfermeros. Me pusieron en una camilla y me transportaron en la ambulancia. Me enteré de que los enfermeros habían recibido orden de conducirme primero a la jefatura de policía. El coche paró delante de la *Löwengrube*, antes de la entrada de la jefatura.

Mientras uno de los enfermeros se iba a la jefatura, el otro permaneció a mi lado. Al cabo de bastante tiempo volvió, con gran sorpresa mía, con dos agentes de seguridad más. En cuanto a los de antes, no les volví a ver a mi regreso al hospital.

En Stadelheim no me pusieron en la enfermería, ni siquiera en la sección de presos preventivos, sino que me echaron en una celda destinada a los prisioneros de derecho común. Me quitaron mis propios vestidos y me trajeron un uniforme de forzado. Ni siquiera me permitieron conservar mi pañuelo.

Mi petición de entrar en la enfermería fué rechazada por el enfermero (!!), quien me contestó cínicamente: «Aquí no estará mal tampoco».

Ya el primer día uno de estos bandidos gritó por la mirilla de la celda: «¡Que lo maten, a este perro!».

Estoy firmemente convencido de que los otros dos individuos

habían asumido la tarea de *asesinarme en el camino*, caso de que hubieran conseguido llevarme en el coche particular.

No lograron su objeto. Al cabo de tres días me volvieron a llevar a la cárcel de la jefatura.

Apenas me disponía a escribir una carta a mis hijos y a mis suegros, cuando tuve que dejarlo *para volver a Dachau*.

«SOBRE TODO, NO OLVIDEIS A RAHM»

Con gran asombro mío, fuí trasladado a Dachau con los camaradas Fritz Dressel, diputado al Landtag; Max Holy, secretario regional del Socorro Rojo, y Josep Hirsch, consejero municipal de Munich. Me extrañé, porque me daba cuenta de que los asesinos de Dachau no solamente darían gritos de alegría al ver a cuatro militantes conocidos caer de un golpe en sus manos de asesinos, sino que esto les daría también pretexto para volver a empezar con más brío sus espantosas torturas.

En la medida en que nos fué posible, cambiamos algunas palabras. Max Holy me contó que había llegado ya a Salzburg, pero que había sido detenido por la policía, llevado a la frontera y entregado en manos de los S. A. y de los S. S. En Munich lo arrastraron a la Casa de los Sindicatos, donde le pegaron de una manera terrible.

Fritz Dressel y Hirsch fueron detenidos juntos y también llevados a la Casa de los Sindicatos, en la Pestalostrasse, donde les pegaron estacazos en el cuerpo desnudo. De nuevo, unos veinticinco prisioneros fueron llevados a Dachau.

Comprendí lo que esto significaba, cuando ya en la sala de policía un llamado dirigente de sección de asalto se puso a excitar de un modo inaudito a los S. S. contra nosotros.

«Sobre todo, vigilen bien a Beimler—gritó en el coche—; denle en seguida un puñetazo en la boca si se mueve; este lacayo de los judíos cantó *La Internacional* en su celda.»

«¿Dónde está Dressel? Este bandido me escupió a la cara.»

«Sobre todo, no olviden a Rahm; este granuja ha pegado a un S. S.», seguía gritando.

«Es por esto por lo que les acompañamos», contestaron inmediatamente tres individuos con cara patibularia y con uniforme de bandidos, que se encontraban en el coche.

Esto no es más que una pequeña muestra de las consignas lanzadas a nuestro regreso a Dachau, con objeto de poner la columna de asesinos al diapasón deseado.

Apenas se detuvo el auto en Dachau, cuando los tres brutos que nos habían acompañado arrancaron al joven camarada Rahm del coche, le pegaron y le patearon literalmente echado en el lodo, con sus botas. A nuestro camarada le sangraba la nariz y la boca.

El comandante, acompañado de su «estado mayor», miraba esto fumando un pitillo.

Holy me preguntó: «¿Se trata siempre así a la gente, aquí?» «Sí, Max—le contesté—, aquí estamos absolutamente a su merced.» Como durante todo el día, así como en los días anteriores, llovía mucho, tuvieron que colocarnos en un vestíbulo. Las instrucciones habían sido ya dadas y el comandante dió inmediatamente las órdenes siguientes:

«Beimler, amigo mío, catorce días de calabozo; Dressel, para que aprenda a no escupir sobre un S. S., cinco días; Hirsch, para que tenga tiempo de reflexionar sobre sus provocaciones en el Consejo Municipal contra la fracción nazi, tres días; Rahm, cinco días.»

Nos llevaron en seguida a los cuatro, y después del registro nos pusieron en las celdas de tortura.

Había llovido durante varios días y los verdugos sentían un placer especial en hacernos correr por el lodo, que nos llegaba a veces hasta el tobillo. Nos empujaron a Dressel y a mí a la «antigua» celda número 3, donde había estado antes de mi traslado al hospital. Götz se encontraba todavía en la número 2. A Hirsch lo colocaron en la celda número 1, en la que Hunglinger se había ahorcado, y a Rahm en la número 4. Al cabo de media hora aproximadamente llegó la columna de los verdugos, con Steinbrenner el asesino al frente, quien esgrimía un vergajo.

«¿Qué es esto, puerco; te has atrevido a escupir sobre un S. S.?», gritó Steinbrenner al lanzarse sobre Dressel para darle algunos golpes en la cabeza. *Cuando hubo proferido bastantes injurias para*

ponerse, él y sus acólitos, en un estado de gran furor, obligó a Dressel a que se desnudase completamente. Lo lanzaron encima de la cama y le pegaron del modo más salvaje en todo el cuerpo desnudo, desde los pies hasta los cabellos. Tuve que mirar esto, y me pareció que no acababan nunca. Cada golpe me hacía más daño que si yo mismo hubiera estado en el caso de Dressel. Por fin se paran, pensé, sabiendo perfectamente que me iba a tocar a mí.

«¿Ya estás aquí, puerco? Ahora te vamos a enseñar a simular.»

«¡Desnúdate!». Me hicieron lo mismo que a Dressel. Nos dejaron y al cabo de pocos minutos oímos gritar a los asesinos:

«¿Qué es esto, mocosos, piojosos, te has atrevido a pegar a un S. S.?» Y de nuevo las torturas inhumanas. ¡Era para volverse loco! ¡Aquellos vergajos sobre el cuerpo desnudo! Fritz Dressel también se tapaba los oídos. Finalmente, le tocó la vez a Hirsch. No puedo decir otra cosa: era siempre la misma horrible historia.

Cuando los criminales hubieron acabado su trabajo, el guardia Vogel llegó para hacer su visita. Después de nosotros, se fué a ver a Rahm.

«¿Por qué está aquí este individuo?», preguntó, y Steinbrenner le contestó rápidamente: «Pegó a un S. S.» Entonces Vogel preguntó al camarada Rahm por qué había pegado a un S. S. Lo oímos perfectamente. El camarada contó que el día anterior, en el puesto de policía, había sido maltratado por los S. S. y que al debatirse había rozado a un S. S. con el pie. Entonces Vogel dijo textualmente:

«Debe ser eso: no creo que este joven haya pegado a un S. S. No se trata de golpes. Yo también procuraría defenderme si me pegasen.»

Después que estos brutos torturaron tan bestialmente al joven camarada, Rahm pudo juntarse con los demás prisioneros en el campo.

Esta «amnistía» de Rahm dejó disponible la celda. En ella pusieron a Dressel.

EJEMPLAR ESPECIAL DEL PUERCO BOLCHEVIQUE

El que hubiese pensado que la banda de asesinos había acabado con las torturas por aquel día, se habría equivocado. Las bestias feroces volvieron a sus víctimas. Empezaron por la celda de Hirsch. Después, entraron en la de Götz. De ésta vinieron a la mía. Fritz Dressel fué el último. Siempre las mismas torturas.

Al día siguiente, «visita del comandante»; sin verle, sabía que era él. Después de haber entrado en la celda de Hirsch, lo oí como decía ante la puerta de Götz: «Este es el agitador Götz. Un criminal de primer orden».

Y delante de mi puerta:

«Aquí dentro tenemos un ejemplar especial de puerco bolchevique.»

La puerta se abrió completamente: delante de la celda, alrededor del comandante, había toda una colmena de «jefes» escogidos. Después de haberlo reflexionado mucho y con visible alegría, «hicieron una visita» a Dressel. Naturalmente, visitas de este tipo se hacían cada día. Cuando «por casualidad» alguna celebridad del ejército pardo de asesinos y de incendiarios venía a Dachau, nos presentaban siempre a ella. En aquel infierno servíamos de *pim-pam-pum* y de *objetos de exposición*.

El día siguiente por la tarde oí a alguien gritar en el pasillo: «¿Pero dónde está este Dressel?» Se oyó el ruido de las llaves y en seguida empezaron los golpes. Oía siempre estas palabras: «¿A ver si volverás a escupirme otra vez?». Supuse que éste era el S. S. sobre el que, según parece, Dressel había escupido. Cuando se cansó, oí a la columna de verdugos que le repetía continuamente: «Es indispensable que vayas a ver a Beimler». «No quiero ver a este puerco», contestó, pero no lo dejaron en paz y se dejó «con-vencer».

«SERAS AHORCADO...»

Se abrió la puerta y vi entrar al vociferador obeso que, a mi salida de la comisaría de policía, había gritado en el coche: «¡Si Beimler se mueve, denle un puñetazo en la cara!»

No me imaginaba que el bandido iba a aprovechar la ocasión de verme «firme» *para darme un golpe terrible en el vientre*. Una vez más caí tendido en un rincón de la celda.

Como la cama estaba levantada, dió orden a un S. S. de ponerse a cuatro pies. Tuve entonces que acostarme encima de él para que el otro bandido pudiera pegarme más cómodamente. Aquel sádico no se detuvo hasta que le faltó la respiración.

Pero esto no le parecía suficiente. Me empujó otra vez a un rincón, y luego, yéndose hacia la puerta, tomó su revólver y me apuntó apoyando el arma sobre su brazo izquierdo. Pensaba probablemente que yo iba a caerme del susto, pero miré el arma con calma. «Vuélvete», y me quedé tan tranquilo con el rostro hacia la pared. Después de haber guardado el revólver en el bolsillo, se acercó a mí y me dijo: «Gran puerco, no vales una bala», y golpeando la cama levantada, añadió: «Pero serás ahorcado mañana a las siete de la mañana; puedes todavía rezar y escribir una carta».

Por la noche, como de costumbre, las torturas. Cuando salieron de la celda de Fritz Dressel, Steinbrenner, el asesino, dijo:

«Este tiene cinco días de calabozo y debe recibir veinticinco golpes cada día.»

El 5 de mayo me metieron en otra celda. No supe por qué motivo. Quizás porque, de vez en cuando, me había subido en la cama para mirar por la ventana. La víspera, habían empezado ya a tapar las ventanas con maderas clavadas por fuera. Una nueva tortura, por lo tanto: *Calabozo, pan y agua, celda sin luz y sin aire y sobre todo golpes, injurias, brusquedades; así transcurrían los días, unos tras otros.*

EL ASESINATO DEL CAMARADA DRESSEL

El domingo 7 de mayo por la tarde, oí gritar: «Pero, ¿cómo pudo tener un cuchillo?».

Era claro que algo acababa de ocurrir. Para ver o enterarme de lo que se trataba, llamé a la puerta y pedí salir. Como tuve que llamar varias veces, comprendí que no me lo permitían. Por fin salí, y de nuevo sentí una impresión atroz. Me tembló todo el cuerpo. Delante de la puerta del camarada Dressel, había una caja de medicamentos. Cuando volví del water, el S. S. que había abierto mi celda, había desaparecido. Aproveché el momento para abrir con precauciones la puerta, que estaba sin cerrojo, de la celda número 4. *Lo que había presentado había ocurrido desgraciadamente. En el suelo había un charco de sangre. En la celda, un camarada de Nuremberg estaba ocupado en secar la sangre.* «¿Qué pasa?», le pregunté. «Fritz se ha herido gravemente.» «¿Dónde está?» «En la enfermería, todavía vive.» Como seguía estando solo, comuniqué la noticia a los camaradas Götz y Hirsch por la ventanilla.

«Esto es cada vez peor», dije. Götz Sepp contestó: «No, no lo creo; ya verás: ahora estará mejor. Ya es el tercero; esto no puede seguir así». Y pude aún añadir: «Yo no lo creo; nos van a matar a todos; a ti lo mismo que a mí, nos han dicho que no saldremos de aquí con vida». En este momento llegó el S.S. que había olvidado que me había dejado salir y me encerró en la celda.

Al cabo de poco tiempo, oí que, *por orden del comandante vol-
vían a llevar al camarada Dressel desde la enfermería... a su celda.*

LA DANZA MACABRA

La tarde del domingo 7 de mayo, fué muy agitada. Yo mismo sentía que mi cuerpo y mis nervios ya no tenían la misma resistencia. Sin embargo, vino la noche. Un silencio anormal reinaba en el campo, pero, por otra parte, pensaba continuamente en Dressel. ¿Qué había ocurrido? ¿Viviría? No podía creer que hubiese intentado matarse él mismo.

Pero la calma iba a ser interrumpida muy pronto, porque la «guardia Steinbrenner» estaba no solamente toda ella en su habitación, sino que también había visitas, como pude constatar por la hendidura que había hecho entre las dos maderas que tapaban mi ventana.

Eran dos «enfermeros S. A.». Su tarea consistía en «cuidar» al camarada Dressel. La banda de asesinos no permitió al camarada doctor Katz, quien por la tarde había vendado a nuestro compañero, que penetrara en la celda de Dressel.

Mientras estaba sentado en el borde de la cama y pensaba en todo lo que iba todavía a ocurrir, de repente tuve un sobresalto, como si alguien me hubiese dado una puñalada por la espalda. Me estremecí. *Los brutos se pusieron a hacer música en su habitación. Distinguí una mandolina, una guitarra y un acordeón.*

Eran gritos espantosos, alaridos de alegría. Les oía cantar, acompañándose con los instrumentos, y no me sorprendí al constatar que, al mismo tiempo, se emborrachaban. Esto forma parte de las diversiones de una reunión de este tipo. Me hacía una sola pregunta: ¿Qué va a hacer Fritz? ¿Qué padecimiento debe ser para él, en su estado, verse torturado, no ya con golpes, sino, «para variar», con instrumentos de música? Golpeé en la pared y llamé a Götz: «Sepp, ¿lo oyes?».

—Sí, sí, es la danza macabra—me contestó.

«¿CUANTO TIEMPO SEGUIRAS CONTESTANDO PRESENTE?»

Mientras los prisioneros del campo habían de estar a las nueve en sus celdas y la «calma» había de reinar en ellas, los asesinos hacían un ruido infernal en sus habitaciones. Hacia la media noche, la calma se restableció en el campo de los asesinatos y de las torturas.

Mi emoción y mis temores por el camarada Dressel eran demasiado grandes para que me fuese posible dormir. Desde luego, me es imposible recordar una sola noche en la que haya podido dormir, aunque esto hubiera sido muy conveniente para mi cuerpo y para mis nervios doloridos. Así, pues, durante aquella noche del domingo al lunes no hice otra cosa que dormitar sobre las duras maderas de la cama. Al día siguiente, cuando Steinbrenner, el asesino, abrió mi puerta, su primera palabra fué: «Me estoy preguntando durante cuánto tiempo contestarás todavía «presente», y una vez más, con todo su empuje, me dió un puñetazo en el pecho, siempre en el mismo sitio, encima del corazón. Mi pecho estaba hinchado ya fuertemente por esta parte y sentía grandes dificultades para respirar. Como la misma víspera había hecho ya preparativos para mi huída, pensaba en mí mismo: *«Espera, animal, quizá mañana no contestaré «presente».*

A las diez, Steinbrenner llegó otra vez a mi celda y me declaró: «Ahora tengo que llevarte al interrogatorio y te advierto, en presencia de un testigo (Walleibner), que te mataré inmediatamente, si haces el menor intento de ponerte en contacto con cualquier otro prisionero mediante señal, saludo o la menor palabra.»

«No me hace ninguna falta», contesté. Cuando me dijo: «Toma el sombrero, pensé: «Ahora van a organizar la «famosa tentativa de huída». ¿Para qué, efectivamente, un sombrero si el interrogatorio se celebra en el mismo campo, en las oficinas de la Administración? En todo caso, estaba preparado y andaba con mucha prudencia. Steinbrenner andaba a diez pasos detrás de mí. En

el corredor de las oficinas de la Administración se encontraban cinco prisioneros que también habían de ser interrogados, entre ellos Ewald Thunig, redactor de la *Neue Zeitung*, y el camarada Graf, gerente del *Freie Verlag*. Mi verdugo me llevó directamente al despacho de la policía política, que había abierto una «dependencia» en el campo. Tenía que ser interrogado por orden del fiscal, y estaba acusado de «preparación de alta traición».

Durante el interrogatorio, aquel imbécil de Steinbrenner me interrumpía continuamente, cuando a tal o cual pregunta daba la contestación que yo consideraba necesaria. Entonces gritaba: «Puerco, mientes en cuanto abres la boca!». Estas «interrupciones» y otras del mismo estilo caracterizan su naturaleza tanto como las bestialidades a las que se dedica con los prisioneros.

Acabado el «interrogatorio» me reintegraron a mi celda. Como había hecho ya toda una serie de preparativos para mi huida—la víspera, durante la noche, había quitado una de las maderas colocadas en mi ventana para obscurecer la celda—, temía que durante mi ausencia hubiesen registrado mi celda y descubierto mis preparativos. Confieso que respiré más libremente cuando Steinbrenner cerró la puerta detrás de mí. No habían notado nada. Solamente tienen cabeza para cometer brutalidades y crueldades en las personas de los prisioneros.

«NO ES PARA CORTAR PAN PARA LO QUE TE HAN DADO UN CUCHILLO»

Por la tarde, hacia las dos, el comandante me hizo otra «visita», naturalmente, en compañía de Steinbrenner el asesino. Mientras éste penetraba en la celda, el comandante permaneció delante de la puerta, las manos en las caderas y el hombro derecho apoyado en el quicio de la puerta. En la mano izquierda tenía una fusta. Entonces, me repitió lo que me dijo tantas veces en otros términos:

«Y bien, Beimler; ¿cuánto tiempo quieres todavía molestar a la humanidad con tu presencia? Ya te he dicho que debes darte cuenta de que en la sociedad actual, en la Alemania nacional-socialista, eres un ser superfluo. ¡No quiero verte más tiempo!»

Luego, señalando con el dedo el cuchillo que estaba encima de un banquito, me dijo:

«No es para cortar pan para lo que te han dado este cuchillo; es para una cosa muy distinta.»

A lo que contesté:

«Señor comandante; soy, desde hace catorce años, miembro del Partido Comunista, he luchado por mi vida y la de la clase obrera, y ahora tampoco tengo ganas de renunciar, por mi propia voluntad, a la vida. Si usted cree que he llegado a ser superfluo, dé la orden de que me fusilen: entonces será cosa hecha. Si esto cambia en algo el curso de los acontecimientos, ya es otra cuestión.»

Entonces se puso delante de mí y dijo:

«Mira, este puerco se permite todavía ser insolente. Fusilarte, no, cochino; no vales una bala. Te dejaremos que revientes de hambre.»

A lo cual contesté:

«Señor comandante, hace cuatro semanas que estoy en la cárcel y estoy ya casi muerto de hambre; sabré durar todavía lo poco que me queda por vivir.»

Mis contestaciones atacaban fuertemente los nervios de Steinbrenner. Podía leer en su cara que me hubiera estrangulado con mucho gusto. Se echó sobre mí, me empujó otra vez contra la pared dándome un puñetazo en el pecho. Como exclamé: ¡oh! al recibir este golpe extremadamente doloroso, el comandante dijo: «¡Mire, todavía se atreve a gritar!» Y se volvió sonriente hacia Steinbrenner, añadiendo: «No vale la pena gritar; aquí, esto se acaba pronto y sin una palabra.»

«COMO SE HACE»

Apenas hacía dos minutos que la puerta estaba cerrada cuando la abrieron otra vez. El bandido asesino me sacó de la celda con estas palabras: «Lárgate de aquí», y me puso en la celda número 4. En mi vida estuve tan conmovido: a mis pies yacía el cadáver deshecho, cubierto de grandes hinchazones, de mi viejo compañero de lucha, Fritz Dressel.

Tenía el brazo izquierdo extendido en el suelo, en el antebrazo había tres cortaduras hechas con cuchillo, y el cuchillo de cortar pan estaba a su lado.

Todo aparecía claro, el camarada había sido *empujado a la muerte, obligado* al suicidio por las torturas espantosas que hacían padecer al camarada Götz, al camarada Hirsch lo mismo que a mí. Un dirigente de sección se dió cuenta «imprudentemente» de lo que ocurría cuando el herido todavía no había perdido toda su sangre. El doctor Katz, prisionero, hubiera podido salvarle la vida. Pero el comandante exigió que Dressel fuese echado otra vez en su celda y se prohibió al médico que siguiese curando a su amigo herido. Para hacer como si cuidasen de él, se hizo venir a dos «enfermeros» S. A. En la noche del 7 de mayo, la banda de asesinos arrancó las vendas y el camarada acabó por morir de hemorragia. Para terminar, organizaron la fiesta musical por la noche, la «danza macabra», y se emborracharon para aturdirse.

¿Debía permanecer al lado de mi camarada muerto hasta que yo hiciese como él? ¡No! Al cabo de algunos minutos, me llevaron otra vez a mi celda para enterarme en seguida de por qué me habían echado en la celda mortuoria:

«He aquí, dijo el criminal llamado comandante del campo, he aquí cómo se hace. Lo has visto. No te creas que te hemos dejado entrar en la celda de tu amigo para que lo veas por última vez y para que te despidas de él. Solamente queríamos que vieses «cómo se hace» y que no ha sido tan cobarde como tú. ¡Tenía más carácter que tú, puerco cobarde!»

Después de haberme dejado, se fueron a ver al camarada Götz, a quien repitieron las mismas palabras que me habían dicho a mí, como luego me dijo a través de la pared.

«EL PLAZO: HASTA LAS CINCO»

Al cabo de algunos minutos hicieron otra vez su aparición en mi celda.

El comandante me preguntó: «¿Has reflexionado?». Cuando le contesté que no había cambiado de opinión, me dijo:

«¡Quiero decirte algo! Te concedo hasta las cinco. Ahora son las tres; si de aquí a las cinco no lo has hecho todavía, entonces lo haremos nosotros mismos.»

Al salir de mi celda, se fueron a la de Götz. A las cuatro llegó nuevamente el asesino Steinbrenner.

«He oído decir que te quieres ahorcar; puedes hacer lo que quieras, me da lo mismo; si realmente eres demasiado cobarde para utilizar el cuchillo, ¿sabes cómo se hace esto?».

Al añadir estas palabras: «Creo que no sólo eres cobarde, sino también estúpido», se acercó a la cama y tomó una de las dos mantas en sus manos. Luego, al mirar la manta a lo ancho, dijo: «Esto será demasiado corto». Y la volvió de modo que colgase a todo lo largo, y mientras cortaba una tira de diez centímetros de ancho, añadió: «Mira bien cómo se hace».

«Ya ves: es así como se hace cuando uno quiere ahorcarse.»

Después de haber cortado la tira, hizo un nudo en un extremo, luego un nudo corredizo, y me dijo:

«Ya está. Ahora ya he hecho todo lo que podía hacer por ti. Ya no puedo ayudarte en nada. Ahora no has de hacer más que pasar la cabeza por el nudo corredizo, atar la otra extremidad a la reja, y ya está. En dos minutos todo hecho. Es muy fácil. Desde luego, no saldrás vivo de la celda. Hay que ejecutar la orden del señor Comandante.»

Así es como me aconsejaba el suicidio en el mismo tono con que se habla a un amigo a quien se desea mucho bien.

EL DOCEAVO ANIVERSARIO

La situación, pues, no era brillante. Tuve que convencerme de que esta banda de asesinos se empeñaba verdaderamente, bien en llevarme al suicidio, o bien en asesinarme dentro de un término muy corto. Pero como quería y me era necesario a toda costa, ganar tiempo para intentar escaparme durante la noche, me pareció inútil seguir diciendo una vez más que no quería ser mi propio asesino. Cuando me preguntó otra vez, después de haber colocado el nudo en el hombro: «Entonces, ¿lo vas a hacer?»,

declaré, pues, al asesino Steinbrenner: «No quisiera que esto ocurriera hoy». «Por qué no?». Le contesté: «Hoy mi hijo cumple doce años. En casa de sus abuelos tendrá, quizá, un poquito de alegría, pero no mucha, ya que su padre y su madre están en la cárcel. No quisiera que cada vez que mi pequeño celebre su cumpleaños se acuerde de que aquel día su padre se suicidó».

«He aquí una razón plausible—contestó mi verdugo. Voy a decir esto al comandante para que te otorgue un término de gracia; pero debes darme tu palabra de honor de que de hoy a mañana por la mañana a las siete, la cosa estará hecha.»

Cuando, al decir estas palabras, me dió su mano de verdugo para que yo se la estrechara en señal de palabra de honor, no pude resistirme, a pesar de la prudencia indispensable para el éxito de mis proyectos, a contestarle:

«Señor guardián: ya hace cuatro semanas que estoy en la cárcel, y desde el primer día no fui otra cosa, a sus ojos, que un canalla, un traidor a la patria, un traidor a los obreros, en resumen, un traidor. Yo, en su caso, no exigiría palabra de honor a un hombre del que estoy convencido que es un traidor.»

Entonces dejó caer su mano y, confuso, buscando sus palabras, balbuceó: «Sí, sí; entonces dame solamente tu palabra».

Estaba en la situación que puede imaginarse quien leyere todo cuanto he pasado y padecido. Pero, sin embargo, sentí una gran alegría al ver que había dado en el blanco. Sin esperar mi palabra, salió de la celda y volvió al cabo de diez minutos.

«Pues bien—dijo—, lo he dicho al comandante y te da de tiempo hasta mañana por la mañana, en atención a tu hijo y porque es su cumpleaños; pero te advierto desde ahora: mañana por la mañana, cuando abra la celda, no me contestes presente.»

NO CONTESTO «PRESENTE»

No quería morir como Fritz Dressel. Cuando los asesinos me echaron en la celda número 4, cuando vi delante de mí al amigo y al revolucionario muerto, desnudo su cuerpo, con las cortaduras en la muñeca izquierda, el cuchillo del pan a su lado, en el suelo de hormigón, durante algunos segundos perdí los sentidos, y fui casi

incapaz de darme cuenta de lo que aquello significaba. Cubrí mis ojos con las manos; no podía creer que Dressel hubiese muerto. Pero recobré pronto mi sangre fría. Cuando volvieron a abrir la celda mortuoria y hube comprendido que tenía asignado el mismo fin en la misma celda, había recobrado ya bastante energía para mirar de frente a todo lo que podía ocurrir todavía. El hecho de que muy probablemente no saldría vivo del campo, sólo me permitía escoger la manera como quisiera morir.

El camarada Götz tenía razón cuando, al decirle el día antes que quería «largarme», me ponía en guardia: «Hans, no lo hagas, que en esto dejarás la piel».

Estaba firmemente decidido, primero a no suicidarme en ningún caso, y después a no dejarme estrangular en aquel tabuco sombrío y sucio, ni a dejar que me ahorcasen a la fuerza; decidí, pues, huir en medio de la noche y, si la banda me cogía, morir bajo sus balas. Quería, en todo caso, quitar a los asesinos la posibilidad de estrangularme o ahorcarme y poder declarar luego lacónicamente en su prensa prostituída: «*El conocido dirigente comunista Beimler se ha ahorcado en su celda.*»

Como sabía la impresión que una noticia semejante produciría en los obreros, quería, ya que no había posibilidad de escapar a la muerte, que el mundo exterior supiera por los mismos asesinos que «*el comunista Beimler fué muerto a tiros en su huída.*»

Me preparé, pues. Salí sin emoción alguna de mi celda, en la noche del 8 al 9 de mayo, esperando mi bala a cada momento. Como pude utilizar una serie de circunstancias favorables, conseguí (después de haber corrido cien veces el riesgo de una muerte que, por cierto, esperaba más que el éxito de mi huída), no sólo pasar la triple alambrada (la de en medio electrificada), sino también franquear una pared de dos metros de altura.

Cuando, en el espacio de un segundo, erguido en lo alto de la pared, me aseguré de que ninguno de los tres puestos de S. S. me había visto, no tuve ya más que un solo pensamiento: Steinbrenner el asesino y toda la banda de asesinos de Dachau, ¿qué satisfacción tendrán cuando, en la mañana del 9 de mayo, no me encuentren ni ahorcado ni contestando «presente»? Es así como quiero terminar. Lo que acabo de escribir no es sólo la verdad, sino una parte solamente de la verdad, una parte de lo que hoy,

en Alemania, padecen y soportan heroicamente 60.000 presos «preventivos».

Pero no se trata solamente de saber cómo los prisioneros soportan todos los sufrimientos, las torturas, las crueldades, las bestialidades y finalmente los asesinatos del ejército pardo del sistema capitalista de explotación, de hambre y de muerte. Se trata de llamar a la lucha a los trabajadores y a los explotados del mundo entero; se trata de movilizar ante todo al mismo pueblo trabajador alemán contra este sistema de muerte; se trata, en primer lugar, de movilizar a toda la clase obrera alemana para la lucha decisiva y valiente contra el fascismo asesino y para la liberación de todos los prisioneros políticos.

CINCUENTA CASOS DE DEFUNCION EN DACHAU

Es así cómo la prensa de Munich (que, evidentemente, no puede escribir más que lo que le permite el gobierno fascista Epp-Wagner-Esser o lo que encuentra en el *Völkischer Beobachter*), anunció los 41 casos de defunción ocurridos en Dachau.

Hasta mi huída, los prisioneros habían fabricado once ataúdes.

Entre los cincuenta primeros «casos de defunción» citaremos solamente los siguientes:

Muertos en sus intentos de huída (!):

Arthur Kahn, viajante de comercio, Nuremberg.

Erwin Kahn, comerciante, Munich.

Goldman, representante de comercio, Nuremberg.

Dr. Alfred Benario (sobrino del conocido abogado de Munich, consejero Benario).

Estos cuatro hombres fueron muertos a tiros de ametralladora; tres de ellos murieron al instante; el cuarto, algunos días más tarde, en el hospital.

Hunglinger, comandante de policía, Munich, «suicidio».

Sebastián Nefzger, S. A., Munich, «suicidio».

Hunglinger era, desde 1920, miembro del partido nazi; *Nefzger* estaba también, desde hacía muchos años, en la S. A.

Los dos fueron llevados a Dachau porque eran sospechosos de delación.

Miguel Sigmann, miembro del P. S. A. y presidente de la Caja de Socorro para los enfermos de Passing (cerca de Munich).

Fué denunciado y entregado por venganza y fusilado durante su huída.

Juan Wiesmann, 22 años, fusilado durante su huída.

Carlos Lehrburger, militante del P. C. A., Nuremberg, fusilado durante su huída.

El *Dachauer Tageblatt* del 27 de mayo anunció que *Lehrburger* se había lanzado sobre su guardia (*Steinbrenner*) con un cuchillo de bolsillo (!) y que fué muerto por éste.

Antonio Hussladen, secretario del O. S. R., martirizado hasta producirle la muerte.

Fritz Dressel, diputado al Landtag bávaro, del P. C. A., Munich (véase más arriba).

Dressel fué enterrado, primero en el cementerio de Prittelbach, que se encuentra en la proximidad del campo, y luego, al cabo de seis semanas, fué exhumado e incinerado, para hacer desaparecer toda huella del asesinato.

Götz fué muerto por un guardia (Steinbrenner), al que «había atacado»; los periódicos hicieron el silencio sobre este asesinato.

Haussmann Leonard, secretario del Partido y consejero municipal en Augsburgo.

Los periódicos anunciaron: «El comunista Haussmann, de Augsburgo, ha sido fusilado en el campo de concentración de Dachau».

El doctor *Alfredo Strauss*, 30 años, abogado, Munich, fusilado durante su huída.

Los padres tuvieron que comprometerse a silenciar las causas de la muerte de su hijo.

Guillermo Aron, 22 años, licenciado en Derecho, militante del «Frente de bronce», hijo del conocidísimo consejero de Justicia, Aron, asesinado bestialmente.

El cadáver fué entregado a los padres en un ataúd de zinc soldado al soplete y enterrado en su ciudad natal, en Baumberg.

APENDICE

«POR DACHAU, HACIA EL TERCER REICH»

Hemos tomado esta descripción de Dachau, del periódico nazi «Coburger Zeitung». Este testimonio es, por lo tanto, enteramente digno de fe; emana del diputado nacional-socialista Hans Dietrich. — Nota del editor alemán.

En un cuarto de hora largo, el coche de 100 HP. del ministro bávaro de Instrucción Pública nos llevó a Dachau. Llueve mucho. *Un verdadero tiempo de presidio.* Así, casi todo el mundo, guardias y presos, se encuentran en las barracas...

En una.. antesala se habían reunido para pasar lista unos mil detenidos (es decir, poco más o menos, la mitad de los 2.000 hombres detenidos en el campo de Dachau). Se les adiestraba en cantar marcando el paso.

«Querida Lina, no llores más», cantaban con tanto vigor y tanto ánimo cuando entramos en el hall, que inmediatamente nos convencimos de que dejaría seguramente de llorar. Pero cuando, con la misma certidumbre, se oyeron en el vestíbulo las palabras «Dentro de un año, cuando las rosas florezcan, estaré otra vez cerca de ti», no pudimos disimular una pequeña sonrisa escéptica.

A decir verdad, cuando se examina el material humano que se encuentra aquí, en la mayoría de los casos, se puede leer claramente en los rostros por qué están en Dachau.

De 80 a 90 de estos 2.000 detenidos son producto del ayuntamiento de prostitutas, es una mezcla de sangre judía, negra, mongol—el diablo sabe qué más. Esta impresión es inevitable para todo visitante que esté al corriente de las cuestiones de razas. Para volver al hermoso canto de soldado, cantado en el vestíbulo a nuestra entrada, para algunos las «rosas tendrán que florecer todavía muchas veces antes de que vuelvan entre nosotros».

La cura de Dachau tendrá que haberles curado antes hasta un cierto punto y haber hecho de ellos miembros más o menos útiles de la familia alemana. Por contra, para otros, la *cura verdaderamente milagrosa de Dachau* será inútil. Nuestra valiente S. S. en Dachau les enseñó, como a muchos otros, el *sentimiento de la disciplina y del orden, la limpieza y la camaradería*. Las escudillas centellean de limpieza. ¡Firmes! *Las manos se pegan inmediatamente a la costura del pantalón*, y ni una sola pestaña se mueve cuando pasa un dirigente de sección.

Para esta parte de los habitantes de Dachau, todo será tiempo perdido. Su sangre extranjera, impura, se sublevará inmediatamente en cuanto esta obligación purificante y bienhechora se haya acabado. Tenemos que esperar que sólo a una minoría será obligatorio aplicar el *problema de la esterilización*, la privación forzosa de toda reproducción.

No es preciso que mueran, pero *su raza tiene que desaparecer*.

Cuando esta parte enferma, por ser extraña a nuestra sangre alemana, quede un día completamente agotada y haya desaparecido sin dejar rastros, entonces el porvenir de nuestro pueblo estará completamente asegurado.

En este momento se está construyendo una piscina sencilla, pero moderna, así como un estadium, y *se proyecta la construcción de una torre de guardia que domine todo el campo, la cual estará provista de ametralladoras pesadas*.

Numerosas son las *tentativas de forzar el campo interior* en el que los detenidos viven solamente por la noche y el cual está rodeado no sólo de alambre espinoso, como todo el campo, sino además *de un hilo por donde pasa una corriente eléctrica de alta tensión*. Todo esto demuestra claramente que el campo de concentración de Dachau será una institución permanente.

Un establecimiento de educación para todos los de cualquier raza, de cualquier religión y de cualquier estado, que no quieran comprender que el Tercer Reich empezó definitivamente y sin volver atrás.

En una palabra: Dachau ya no es un episodio. Es un programa y una consigna para todos los que no son de buena fe ni de buena voluntad: *Por Dachau, hacia el nacional-socialismo y hacia el Tercer Reich*.

H A N S B E I M L E R

Romance dedicado al camarada Hans Beimler, muerto heroicamente durante el sitio de Madrid. — Homenaje a las Brigadas Internacionales.

Ahora te encuentro, Hans Beimler,
cuando cierras tu jornada;
ahora me acerco a tu cuerpo,
cuando ya tu cuerpo marcha
flotando en un mar de hombros
que lo separa de España.
Dicen que vas muerto, hermano,
pero tu vida no acaba
porque se sequen tus venas
y se hiele tu garganta.
Si están tus venas vacías,
nuestra tierra está empapada
y aun caliente con la sangre
que de tu corazón falta.
Y si está tu lengua quieta,
aun tiene el aire palabras
con que recordar los ecos
de tu voz en las batallas.
Si están tus brazos tranquilos,
aun se mueven tus hazañas
por los campos de Castilla
entre el rumor de las armas.
No es esto morir, hermano,
sino dar vida y hallarla,
que la muerte, cuando es muerte,
de la tierra nos separa,
y tú te quedas con ella,
roja semilla que aguardas,

para crecer con la espiga
que hoy defienden nuestras balas.
Naciste lejos, hermano,
pero la Muerte en España,
te hizo nacer en su tierra
para ganarte a su patria...

Te habló la Muerte a lo lejos:
—Hermano Hans Beimler, baja
desde los hombros de nieve
de nuestra Rusia lejana.
Cruza los campos franceses,
los blandos campos de Francia,
que hoy para luchar en ellos
tienen tu fuerte palabra
y en los campos españoles
toda tu sangre no basta.—

Te habló despacio la Muerte;
tú, escuchaste su palabra.
Ahora la Muerte, vencida,
va en tu cortejo enlutada,
llorándote en tu memoria
el eco de sus palabras.

Salud, Hans Beimler, tu cuerpo
va lejos, pero cercana
tu sangre aquí en nuestro suelo,
moja su caliente entraña:
árboles que se levanten,
te alzarán vivo en su savia.

Vuélvete, duerme tranquilo,
que aunque te vas, en España
quedas hecho tierra y viento,
agua y luz viva del alba.
Si un cuerpo tu vida pierde,
un mundo en cambio la gana.

EMILIO PRADOS

INDICE

	<u>Páginas</u>
Hans Beimler	3
Prefacio	6
En el campo de asesinos de Dachau	9
«¡Tenemos a Beimler... Nos volveremos a ver en Dachau!»	10
En busca del «Plan de insurrección»	12
Empiezan las torturas	14
«El canalla vive todavía»	15
Los prisioneros son tratados «según su rango»	17
«Muero por la estrella soviética»	18
Un nuevo «atentado contra Hitler» al orden del día	21
Vergajos de 70 centímetros	22
La «cordial bienvenida» a Dachau	24
«La cuerda está a su disposición»	25
«Quiero ayudarte»	28
Permanecer firme, pase lo que pase	29
«¿La cuerda está todavía sin utilizar?»	30
Mi enfermedad.	32
«Sobre todo, no olvidéis a Rahm»	35
Ejemplar especial de puerco bolchevique	38
«Serás ahorcado...»	39
El asesinato del camarada Dressel.	40
La danza macabra	41
«¿Cuánto tiempo seguirás contestando presente?»	42
«No es para cortar pan para lo que te han dado un cuchillo»	43
«Cómo se hace»	44
«El plazo: hasta las cinco»	45
El doceavo aniversario	46
No contesto «presente»	47
Cincuenta casos de defunción en Dachau	50
Apéndice	52
Hans Beimler	54

BIOGRAFIAS Y EPISODIOS REVOLUCIONARIOS

Vasiliev-Kedrov.	Lenin, militante ilegal	0'40 pts.
Vorochilov.	Stalin y el ejército rojo	0'25 "
Perchick.	Marx, maestro y jefe del proletariado	0'50 "
Obolenskaia.	Kamo (La vida de un revolucionario)	0'50 "
J. A. Ovseenko.	La lluita decisiva	0'25 "
F. Kohn.	La evasión de diez condenados a muerte	0'40 "
Bobrovskaja.	Ivan Babuchkin (Vida de un bolchevique)	0'40 "
X. X.	Budionny - Mariscal rojo	0'25 "
C. Marx.	Recuerdos sobre su persona y su obra	1'50 "
Varios.	Lenin (Ensayos)	5'00 "
J. Stalin.	Lenin	0'60 "
Ordjonikidze.	Un gran luchador del socialismo	0'25 "
C. E. Vorochilov.	(Biografía)	0'40 "

Ediciones Europa-América
APARTADO 890 - BARCELONA

PRINTED IN SPAIN